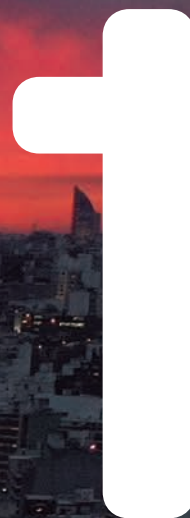


IDENTIDADES
E IMAGINARIOS
EN MONTEVIDEO



EN CUERPO Y ALMA



**IDENTIDADES
E IMAGINARIOS
EN MONTEVIDEO**

IDENTIDADES
E IMAGINARIOS
EN MONTEVIDEO

Nicolás Duffau



Intendencia de Montevideo: Ing. Carolina Cosse

Secretaría General: Ing. Agr. Olga Otegui

Asesoría de Desarrollo Municipal y Participación: Federico Graña

Departamento de Cultura: Prof. María Inés Obaldía

Equipo 300 años de Montevideo: Ana Acosta, Mauricio Bruno, Ximena Caporale, Ana De Rogatis, Natalia Díaz, Leonardo Fossatti, Rodrigo Mesa, Soledad Moreira, Miguel Pereira, Lía Perez, Leonardo Pintos, Jeaninne Vera

Coordinación académica: Nicolás Duffau y Ana Frega

Coordinación de los equipos de trabajo: Matías Borba e Irene Taño

Equipo de investigación *Nuestra Montevideo*: Andrea Antuña, Lía Fierro, Santiago García, Daniel Gómez, Gonzalo Leitón, Fernanda Morales, Elisa Rodríguez, Francis Santana, Natalia Stalla, Mariana Trías

Equipo de investigación *Cuenta la ciudad desde tu barrio*: Emanuel Andriulis, Sebastián Carvalho, Eliana Crusi, Priscila Fripp, Joaquina González, Leandro Lereté, Clara Perugorría, Lorena Rodríguez, Marcos Rodríguez, Fabiana Solari, Marcio Souza, Pablo Tourreilles

Corrección y diagramación: Nairí Aharonián Paraskevaídis

ISBN: 978-9974-906-32-7

© Las y los autores, 2023

© Intendencia de Montevideo, 2023

Presentación

Comienza la colección **Nuestra Montevideo**, con catorce fascículos mediante los cuales nos adentramos en un recorrido histórico donde se abordan aspectos políticos, económicos, sociales y culturales a lo largo de tres siglos.

Una ciudad es la materialización del entramado social que la vive, la construye, significa, la imagina y la reinventa. Montevideo es ese entramado, fiel reflejo de esa red diversa. Conmemoramos sus trescientos años y qué mejor manera que poner en relieve los hilos

que atan, entretujan y delimitan la trama de nuestro presente.

La historia de nuestra Montevideo también es la historia de nuestros derechos conquistados y de ese trabajo permanente por ejercerlos en libertad y en comunidad. Es una historia que vive en continua construcción, transformación y en constante diálogo con la memoria de todos sus habitantes

Montevideo es la que nos une;
Montevideo es la vida de su gente;
Montevideo tiene alma, su alma es

su historia, y Montevideo nos da un cuerpo para unirnos. Alma con música, cuerpo que canta.

Estos fascículos son un aporte para comprender mejor nuestro pasado y nuestro presente. Nos ayudarán a reflexionar sobre nuestra identidad como ciudad y como comunidad, y ojalá sean un pequeño aporte para pensar nuestro futuro.

Ing. Carolina Cosse
Intendente de Montevideo

Empecemos por lo general: ¿de qué hablamos cuando hablamos de identidades y de imaginarios? Las identidades tienen una materialidad —por ejemplo, el palacio Salvo—, pero tienen también componentes *intangibles*, que no son cosas: sonidos, colores, olores. Todas las sociedades tienen características comunes que consideran positivas y matizan los rasgos que sienten negativos pero que también forman parte de su identidad.

De la misma manera, toda ciudad tiene una dimensión consciente vinculada a la actualidad y, al mismo tiempo, una inconsciente que se nutre de la historia, de las memorias (individuales y colectivas). En ese contraste entre lo consciente y lo inconsciente, entre el presente, el pasado y —¿por qué no?— el futuro, las identidades y los imaginarios cobran vida.

La defensa de la identidad es estratégica porque su preservación nos aleja de los intentos por imponer determinadas visiones del mundo —o, dicho de otro modo, relatos hegemónicos— que anulan

la pluralidad que convive en cualquier relato histórico. Y si bien cualquier visión identitaria recurre al pasado, se construye siempre desde un presente. Hoy vivimos en sociedades diversas, marcadas por las diferencias —sociales, étnicas, educativas, entre otras— y nada indica que las sociedades del pasado no hayan sido igual de diversas que las actuales.

Ahora, en medio de esta diversidad, en nuestro caso particular, ¿existe una identidad montevideana? Y si la respuesta fuera «Sí», ¿cuáles son los rasgos más característicos de esa identidad? Es decir, ¿qué diferencia a quien habita en Montevideo de alguien que vive en la ciudad de Salto o en Melo? Claramente no son el carnaval o el candombe (todos los departamentos de Uruguay tienen celebraciones de carnaval, e incluso en 2023 una comparsa de Canelones ganó las Llamadas de Montevideo). Podría ser la comida, ya que la geografía culinaria de Uruguay es muy diversa, aunque compartimos algunos rasgos en común con otras zonas del país. Entonces, ¿habitar el territorio

montevideano define una identidad? Pensemos que Montevideo está cada vez más integrada con los departamentos de Canelones y de San José, que constituyen el área metropolitana más grande de Uruguay. ¿Cuántas personas viven en Ciudad del Plata o en La Paz, pero estudian, trabajan o desarrollan las dos actividades en Montevideo? Tal vez los edificios y los monumentos emblemáticos sí sean elementos identitarios. En efecto, alcanza con ver la silueta del estadio Centenario, el edificio llamado «19 de Junio» del Banco República en la plaza «de los Bomberos», la Torre de Antel o el Palacio Legislativo para darnos cuenta de qué construcciones se trata, así como algunos paisajes como la rambla, el Cerro o la zona costera, esa conjunción de lo rural y lo urbano que convive en el oeste de la ciudad, o avenidas como Garibaldi, Uruguay o 19 de Abril con sus pérgola arbolada por los plátanos que tanto molestan en primavera, pero que tan importantes para la sombra resultan en verano.

Palacio Salvo. Toma efectuada desde el mirador del Palacio Municipal, 14 de mayo de 2007. Fotografía de Andrés Cribari. Centro de Fotografía. 8077FMCMA.

Edificio emblemático de Montevideo, diseñado por el arquitecto Mario Palanti e inaugurado en 1929, cuenta con trescientos setenta apartamentos. Fotografías, postales, poesías, canciones, pinturas, películas, obras de teatro y carnaval y hasta construcciones hechas con Lego hacen referencia al Salvo.





Tribuna Olímpica del estadio Centenario durante el concierto de Alfredo Zitarrosa a su retorno al país el 12 de mayo de 1984, luego del exilio al que se vio obligado tras ser proscripto y perseguido por la dictadura civil-militar uruguaya (1973-1985). Centro de Fotografía, Fondo Camarates 0203_17FPCT.

El estadio Centenario es otro de los monumentos icónicos de Montevideo. En su cancha juega sus partidos como local la selección de fútbol uruguaya y también ha sido el escenario de las glorias futbolísticas del país de distintos clubes. Sin embargo, no es solo un lugar para el deporte: numerosos actos políticos y sociales han tenido lugar en sus tribunas y han muchas y muchos artistas nacionales e internacionales pasado por el Centenario.





Una ciudad se conforma de su territorialidad y de su materialidad, pero sobre todo de aquellas personas que la habitan. En una ciudad entran en acción todos nuestros sentidos, porque es nuestro anclaje cotidiano y es la primera forma desde la que acrecentamos nuestra visión del mundo: en ella las personas crecen, estudian, trabajan, construyen sus afectos y sus emociones, porque nuestras vidas cotidianas transcurren por

lo general en los mismos lugares —el hogar, el trabajo, el centro de estudio, la plaza, la esquina o el club deportivo—. Es decir que la manera en la que las personas interpretan la ciudad que habitan construye rasgos identitarios y un imaginario.

Es así que en estas páginas nos proponemos explorar estos aspectos a través de los rasgos identitarios de Montevideo y, al mismo

tiempo, analizar de qué diferentes formas convivieron y conviven distintos imaginarios en la ciudad. Como sabemos que el tema no se agota entre las tapas de este tomo, solo nos proponemos mostrar algunas claves posibles y hacer un repaso histórico sobre algunos elementos de *lo que nos hace* definirnos montevideanos y montevideanas.

«Todo viene a esta mansa bahía»:¹ la vocación centralista de una ciudad

Por lo general se habla del centralismo que caracteriza a Uruguay cuando se cuestiona que gran parte de las decisiones políticas trascendentes para el país se toman desde su capital, donde se ubican las sedes de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Esa impronta centralista viene desde el

proceso histórico de poblamiento del territorio montevideano, ya que desde sus orígenes fue una de las ciudades más importantes de la región.

El proceso fundacional de Montevideo, iniciado en 1724 —que buscó contrarrestar la presencia

de los portugueses que se habían instalado el año anterior— impulsó a una parte de la primera población migrante a radicarse en el núcleo inicial de la ciudad, la actual Ciudad Vieja. Así, el primer trazado urbano para esa población fue el que estableció Pedro Millán en diciembre de 1726. La

1 Las frases entrecorilladas de todos los subtítulos fueron tomadas de «Una canción a Montevideo» (1993) de Mauricio Ubal, ganadora del concurso organizado por la Intendencia de Montevideo para homenajear con una canción a la ciudad. El tema se editó en el disco de Ubal titulado *Colibrí* de 1996.

jurisdicción montevideana, o sea, el territorio que abarcaba —con 4470 habitantes hacia 1778— era más extensa que los actuales límites departamentales, ya que iba de este a oeste desde la desembocadura del arroyo Cufré (en el actual departamento de San José) hasta las sierras de Maldonado, y al norte hasta la cuchilla Grande.

Pocos años después, a comienzos del siglo XIX, la población montevideana superaba los once mil habitantes, y ese crecimiento demográfico se reflejó en los documentos y los planos de la época, que muestran la aparición de nuevas zonas, cercanas a la Ciudad Vieja, como los actuales barrios Cordón, Aguada, Tres Cruces, o La Estanzuela, Pinerolo (Peñarol) o La Aldea (una zona de quintas que se delimitaba por las actuales avenidas Italia, General Las Heras, Américo Ricaldoni y por el bulevar José Batlle y Ordóñez, antiguamente conocido como camino de Los Propios).

Ya entrado el siglo XX, Montevideo siguió acentuando su predominio demográfico, o sea, que el proceso

de urbanización llevó en todo el país el pasaje de una población urbana que rondaba el 50 % en el censo de 1908 a un 81 % en 1963, con una importante y temprana concentración en la capital. Así, en 1908 Montevideo reunía 309.231 habitantes, casi el 30 % del total del país; en 1930 esa cifra crecía hasta el 38 %, y, en 1963, al 46,3 %, con casi 600.000 habitantes. Y pasada la mitad del mismo siglo, para 1975, de los casi 2.800.000 habitantes que tenía el país, 1.237.000 —poco menos de la mitad— residían en la capital. Y en el siglo XXI, según el censo de 2011, vivían en Montevideo 1.319.108 del total de los 3.286.314 habitantes de Uruguay, cifra que, con pequeñas diferencias, se mantendrá en el último conteo poblacional de 2023.

Estas cifras sirven para señalar que a pesar de que desde el punto de vista territorial Montevideo es el departamento más pequeño del país, concentró desde sus orígenes gran parte de la vida económica, política y sociocultural, no solo por la migración exterior, sino también por el traslado de

población de otros departamentos a Montevideo, que permitió que convivieran personas procedentes de otros puntos del país que incorporaron costumbres y tradiciones de sus lugares de origen a la vida capitalina.

Así, en 1992 el popular músico Pablo Estramín escribió la canción «Morir en la capital», que se convirtió en una suerte de himno cuestionador de esa impronta centralista:

La capital nos ofrece
buen servicio de salud
los mejores sanatorios
y hasta el mejor ataúd
los mejores edificios
la mejor educación
y para vivir en cuotas
la mejor financiación
Si te tienen que operar
morís en la capital
Cuando quieras estudiar
morís en la capital
Cuando quieras progresar
morís en la capital

El arquitecto Salvador Schelotto apunta que entre la década de 1830 y la de 1890 se gestó una

nueva idea de ciudad que le puso fin a la Montevideo colonial y le dio paso a una ciudad «con identidad propia de una modernidad ilustrada, capital del Estado Oriental, cabecera de un territorio, también él en acelerada transformación».² El 11 de marzo de 1854 el diario *El Comercio del Plata* veía a este avance modernizador como positivo y lo medía con el número de «casas antiguas» «derribadas», que miraba «con gusto», porque, decía el diario, «cada edificio» antiguo que caía era reemplazado por «otro más moderno y de gusto», por lo que «estas demoliciones son un adelanto para la capital». Así, en la actualidad son muy pocos los edificios coloniales que sobreviven: el Cabildo de la ciudad —con numerosas modificaciones desde la finalización de la primera parte de las obras en 1750—, la Iglesia Matriz y Las Bóvedas (cuya construcción comenzó en la década de 1790). A su vez, la que conocemos

como La Puerta de la Ciudadela, que parece colonial, se reconstruyó en 1959.

Como capital de un Estado que, junto con otros, se estaba formando, Montevideo concentró además de las decisiones políticas, una buena parte de las formas materiales en que estas se instituyeron —instituciones educativas, oficinas de Gobierno, centros de salud—. Así, en 1853 se inauguró la primera fábrica de gas por cañería, destinada a la iluminación pública y al año siguiente comenzó la instalación de colectores de saneamiento. En 1871 se inició el suministro de agua potable en los hogares; en 1882 comenzó a funcionar la primera compañía telefónica, y, en 1887, el suministro de energía eléctrica para uso domiciliario.

A su vez, la ampliación del papel económico del Estado, el aumento de la obra pública, la

nacionalización de distintas actividades económicas y la fundación de empresas estatales incidieron en la creación de nuevos puestos de trabajo: en 1889 el 7 % de los capitalinos trabajaba en la órbita estatal. Setenta años después, en 1959, Mario Benedetti decía en su libro *El país de la cola de paja*, con su característica ironía, que Uruguay era la única oficina del mundo que era una república, y definía al empleo público como «una especie de ideal criollo, ya que combina la máxima seguridad con el mínimo horario».

El poder simbólico de Montevideo como capital y ciudad principal se hizo sentir. Como señalan las arquitectas Susana Antola y Cecilia Ponte, desde la primera mitad del siglo XX la ciudad quedó marcada por «huellas» que contribuyeron a concretar los imaginarios —esos a los que nos referíamos en las primeras páginas de este texto— de la nación como un país

2 Salvador Schelotto, «Montevideo 1829-1890: una urbanidad se gesta entre la civilización y la barbarie. La ciudad y la cultura urbana en el siglo XIX», en Hugo Achugar y Mabel Moraña, *Uruguay: imaginarios culturales*. Tomo 1. Desde las huellas indígenas a la modernidad, Montevideo, Ediciones Trilce, 2000, p. 203.

Plano de Montevideo del navegante, naturalista y religioso francés Antoine-Joseph Pernety (1716-1796), quien visitó Montevideo en 1763-1764..

Se puede ver el casco fundacional de la ciudad, en la actual Ciudad Vieja. Pernety esbozó distintas descripciones de hombres y mujeres de Montevideo, desde un análisis de la situación de los habitantes de la ciudad muy marcado por su origen europeo. Es decir que la visión de Pernety contrapuso un modelo

europeo que consideraba civilizado con una mirada sobre las colonias españolas a las que, por su diversidad étnica y posiblemente por su origen español, consideraba bárbaras o poco civilizadas: «Montevideo es, en cierto sentido, una colonia nueva: hace apenas veinticinco años había solo algunas chozas. Pero es el único lugar donde pueden anclar fácilmente los barcos que remontan el Río de la Plata. Hoy, es una pequeña ciudad que mejora cada día. [...] Los españoles de Montevideo son muy

ociosos, solo ocupan su tiempo en tomar mate, conversar y fumar cigarros. Los comerciantes y un pequeño número de artesanos son las únicas personas ocupadas de Montevideo. Aunque no se vean negocios ni carteles que los anuncien, uno puede estar seguro de encontrarlos cuando entra en una casa ubicada en el ángulo formado por la intersección de dos calles. El mismo comerciante vende vino, aguardiente, telas, ropa blanca, quincalla y otras cosas».



Carlo Corsetti, Vista del dique del gas, actual Barrio Sur de Montevideo, sin fecha. Museo Histórico Nacional.



Obras de construcción de rambla sur, a la altura de rambla Argentina y calle Cuareim. Al fondo, el dique Mauá, el gasómetro (el tanque de gas) y la chimenea del sistema de saneamiento de la calle Paraguay. Barrio Sur,

1928-1935. Centro de Fotografía. Foto 18632FHMG.

En el dibujo de Corsetti y en la fotografía tomada a finales de la

década de 1920 o comienzos de la siguiente, es posible apreciar el lugar que ocupaba el dique Mauá, que, inaugurado en 1872, funcionaba en la órbita de la Compañía del Gas y Dique Seco.



integrador, moderno, letrado, sin grandes contrastes sociales.³ El Estado, con Montevideo como eje, apostó a reforzar ese discurso y la imagen de una capital modelo. En 1939, Orestes Baroffio, presidente de la Comisión Municipal de Cultura y director de la prestigiosa revista *Mundo Uruguayo* sostenía, en su libro dedicado a Montevideo y titulado *El espíritu de mi ciudad*, que los montevidianos «fuimos y somos los menos españoles de América», y tenía la convicción de que eso había permitido construir una ciudad que carecía de «las rancias costumbres aristocráticas» que sí caracterizaban a otras ciudades del continente americano. Y por eso en Montevideo no había «altibajos sociales ni altibajos de cultura»: «Fuimos desde un principio como un crisol» en el que «se fundieron razas, costumbres, sentimientos, moral y religión» que permitió que surgiera «el tipo [de habitante] montevidiano».

Será recién con la crisis social y económica que comenzó en

la década de 1960, cuando el retrato de la pobreza urbana y los problemas sociales y económicos se popularizaron a través de distintas imágenes, que nos dimos cuenta de que Montevideo no era una ciudad tan idílica como sus autoridades imaginaban.

En las últimas dos décadas del siglo XXI el relato ideal, que supuestamente caracterizó a la Montevideo de la primera mitad del siglo XX, se rompió y comenzó a incorporar otras perspectivas que se preguntaron cuál fue el papel histórico de las mujeres en la ciudad; dónde estaban las y los indígenas que tan importantes fueron en la fundación de la urbe; qué pasó con las y los afrodescendientes, de quienes dependía buena parte del mercado laboral; qué ocurrió con los contrastes económicos entre las zonas y las y los habitantes de Montevideo; qué papel han jugado históricamente las diferencias habitacionales y cómo se configuró lo que hoy conocemos como segregación

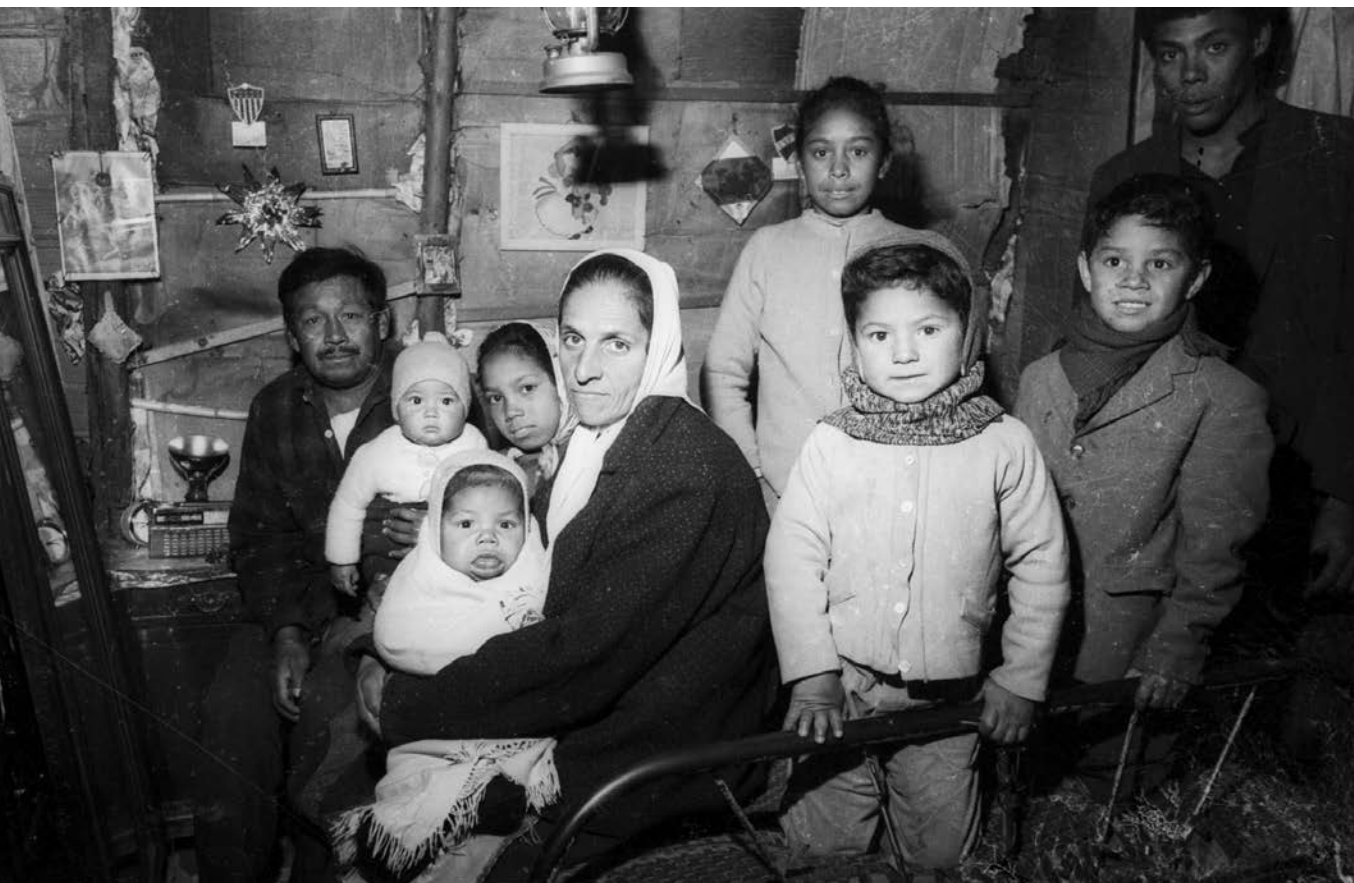
territorial. Es posible que esas preguntas incidan en la construcción de la nueva identidad de la ciudad que reconoce una multiplicidad de situaciones que no solo tienen que ver con el imaginario, sino con la manera en que cada montevidiano y montevideana vive su pasaje por la ciudad. Además, se vincula con el pasado más remoto y, como veremos en las páginas que siguen, con los diversos grupos sociales que poblaron la ciudad.

3 Susana Antola, Cecilia Ponte, «La nación en bronce, mármol y hormigón armado», en Gerardo Caetano (director), *Los uruguayos del Centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación. 1910-1930*, Montevideo, Santillana, 2000, p. 219.

Habitantes de un cantegril en la calle Timbúes, barrio Maroñas, junio de 1967. Fotógrafos del diario *El Popular*. Centro de Fotografía, foto 0659-13_24-24FPEP.

El proceso de crisis económica y política que comenzó a atravesar Uruguay desde la segunda mitad de la década de 1950 sumado a la migración rural hacia la ciudad (que había comenzado unos cincuenta años antes), provocaron que en distintas zonas de Montevideo, surgieran los

llamados cantegriles. Su aparición fue un contraste muy fuerte con el relato idílico del país y la ciudad modelo. Si bien muchos asentamientos irregulares —nombre técnico para denominarlos— se han erradicado y sus habitantes han sido realojados, otros aún se mantienen e incluso han surgido nuevos.





Patio del conventillo Medio Mundo, calle Cuareim 1080, en Barrio Sur. Año 1965. Fotografía de Enrique Pérez Fernández. Archivo del Centro de Documentación Musical Lauro Ayestarán RF-j01to2fo2a.

El conventillo como tipo habitacional fue utilizado mayoritariamente por población de escasos recursos económicos, que alquilaba habitaciones en las que a veces vivía una numerosa familia. Los espacios de lavado, cocina y baño podían ser comunes. Los vínculos vecinales, de amistad y solidaridad que surgieron en estas viviendas siguen siendo recordados hasta la fecha, en especial entre la población afrodescendiente que era mayoritaria en algunos conventillos, en especial en los barrios Sur y Palermo. Además, otras zonas de la ciudad —como Cordón o Aguada— contaban con viviendas de inquilinato. En numerosas ocasiones, con la férrea oposición de los propietarios de los inmuebles que hacían un enorme negocio subarrendado, las autoridades públicas intentaron regular el funcionamiento de estos lugares.

«Vienen sueños/Vienen pueblos»: Montevideo cosmopolita

Montevideo fue desde sus orígenes una ciudad de acogida que recibió a miles de personas migrantes. La impronta de la diversidad étnica y social pasada y presente se nota en distintos elementos de la ciudad como palabras (*birra, buzarda, chanta, escabio*), apodos comunes (*Tano, Turco, Gallego, Ruso*), en nombres de calles o de barrios (Bella Italia, Nuevo París, Villa Española, Bajo Valencia, Atahualpa, Abayubá, Parque Guaraní), instituciones deportivas o sociales (Albion, Montevideo Cricket Club, Danubio, Valle Miñor, Liverpool, Club Ossolana, Centro Euskaro, Champagnat, Holanda Baby Fútbol, Tuyutí) o en comercios con nombres de otras geografías.

En junio de 1842, el viajero inglés W. Whittle, tal vez exagerando, se refirió a Montevideo como uno de los «pocos lugares en el mundo, diría ninguno de su tamaño, donde la comunidad se form[a] de tan

diferentes naciones» y enumeró la procedencia de los habitantes de la ciudad: España, Italia, Francia, Inglaterra, Portugal, Hamburgo, Suecia, Prusia, Rusia, Estados Unidos y Cerdeña. La misma impresión tuvo en 1848 el diplomático Samuel Greene Arnold, quien afirmó que Montevideo era una ciudad «completamente extranjera». Y, en efecto, desde su período colonial la ciudad estuvo atravesada por la presencia de población inmigrante: una parte de ella participó *con éxito* de actividades sociales, culturales y económicas, pero otra parte sufrió condiciones laborales deplorables y fue expulsada hacia los llamados *cinturones de pobreza*.

Desde las que podríamos llamar *visiones tradicionales*, esa migración se asocia con los desplazamientos desde Europa (en especial desde las regiones de las actuales Italia y España) hacia el Río de la Plata. Sin embargo, los primeros

pobladores de la ciudad no eran solo europeos. Muchas personas provenían de distintas partes de la América española. Como ejemplo de esto, el cronista Isidoro de María menciona la importancia de los indios guaraníes que contribuyeron con las obras que permitieron la radicación definitiva de población en la ribera norte del Río de la Plata, y otras crónicas refieren a los indios *tapes*, enviados desde prisiones bonaerenses para que trabajaran bajo la supervisión de los jesuitas. Muchas otras personas migraron forzadas como población esclavizada desde África a esta ciudad. Sobre ellas, el historiador Alex Borucki calcula que entre 1777 (durante la etapa de liberalización del comercio desde la corona española) y 1812 (los primeros años del proceso revolucionario en el continente americano) ingresaron al Río de la Plata unas setenta mil personas esclavizadas, aunque no todas permanecieron en el territorio oriental, ya que

una parte importante de ellas fue obligada a seguir su tránsito hacia otras regiones del continente.⁴ De este modo, hombres, mujeres y niños y niñas fueron reducidos a la condición de *mercancía* y fueron empujados hasta el último lugar de la escala social, donde tenían más valor como *cosas* que como humanos.

Así, al papel de Montevideo como principal puerto esclavista (o sea, que recibía trata de personas esclavizadas para que fueran vendidas hacia otras regiones), se le agrega la política de colonización desarrollada durante buena parte del siglo XIX, por la que un número importante de inmigrantes europeos fueron trasladados mediante acuerdos conocidos como contratos de colonos, promovidos por empresarios que acumularon fortuna gracias al tráfico de población, a la venta de pasajes y de predios rurales o semirurales, además del cobro de créditos o préstamos.

Los publicistas e historiadores que construyeron los primeros discursos sobre la nacionalidad uruguaya no tuvieron en cuenta estos aspectos fundamentales y fundantes de nuestras identidades, y fueron reproducidos desde el último cuarto del siglo XIX en la prensa y en los manuales escolares. Así, por ejemplo, el libro conmemorativo del Centenario del Uruguay de 1930, que el Estado le encargó a una agencia de publicidad, sostenía que todos los habitantes del país eran de *raza* blanca y que Uruguay era «la única nación de América que puede hacer la afirmación categórica de que dentro de sus límites territoriales no contiene un solo núcleo que recuerde su población aborigen». En estos relatos, que son los que más seguimos escuchando y leyendo, la migración aparece como un proceso lineal, pacífico que además se afirma en distintos monumentos que hasta hoy ornamentan la ciudad.

Por ejemplo, la escultura *El inmigrante* de Juan D'Aniello, ubicada en 1930 en el Muelle Nacional del puerto y que luego fue trasladado a la plaza del Inmigrante, en el Cerro, buscaba resaltar las capacidades de un país abierto a los inmigrantes, en especial a aquellas personas de tez blanca, que es la que se resalta en esa figura escultórica. Lo mismo se podría decir de *El Obrero Urbano* (1930), de Bernabé Michelena, un homenaje a *los hombres* que construyeron la ciudad, de o *El Estibador* (1930), escultura de José Bernardino Pagani, ubicada en el puerto, que representa a un trabajador portuario cargando una bolsa de cereales como ejemplo de la relación entre el país y el comercio internacional. Desde el otro lado, pero en el mismo sentido, *El Aguatero* (1932), de José Belloni, es una escultura ubicada en las actuales avenida Rivera y la calle Julio César, retrata a un afrodescendiente, para que ese oficio se asocie sin equivocaciones solo a los hombres negros.

4 Alex Borucki, «250 años de tráfico de esclavos hacia el Río de la Plata. De la fundación de Buenos Aires a los «colonos» africanos de Montevideo, 1585-1835», *Claves. Revista de Historia*, vol. 7, n.º 12, Montevideo, enero-junio 2021, pp. 255-290.

Indios pampa de Buenos Aires
dibujados por inglés Emeric Essex
Vidal, quien visitó el Río de la Plata
en 1816.

Entre 1816 y 1818, Vidal fue contador del buque real británico Hyacinth e hizo un viaje al Río de la Plata, durante el que recaló en Montevideo, Buenos Aires, Tucumán, Mendoza. Al igual que Pernety, Vidal y otros cronistas extranjeros dieron cuenta de la presencia de población amerindia, afrodescendiente y europea en distintos dibujos, grabados y memorias. Es gracias a este tipo de crónicas, complementadas con las de algunos autores locales como Isidoro de María, que podemos conocer la diversidad étnica del Río de la Plata desde sus orígenes.



Mientras que en 1860 el porcentaje de la población que habitaba Uruguay nacida fuera de las fronteras del territorio alcanzaba casi a la mitad de sus habitantes, en la actualidad, a comienzos del siglo XXI, la población migrante ronda el 2 %, con una fuerte presencia de afrocaribeños (en especial de República Dominicana, Cuba, Venezuela y Colombia), aunque también hay migrantes de otras regiones.⁵ Así, en los últimos años, la cultura afro se ha visto modificada por la presencia de estas nuevas migraciones, que aportan también al proceso identitario de la ciudad, aunque muchas veces sean víctimas de discursos «xenófobos» conservadores que rechazan a la población extranjera.

Los intentos por imponer una identidad que se basara solo en las características de un tipo de población europea fueron

fundamentales en la construcción de un relato nacional, de un tipo de *ciudadano* urbano ideal que además alimentaba la identidad del país en conformación. Como advirtieron Ana Frega y Ariadna Islas,⁶ a comienzos del siglo XX se intentó construir un tipo de ciudadanía «homogénea» que tenía como centro dos argumentos: por un lado, la idea de la igualdad jurídica de todos los habitantes del territorio —incluidos los inmigrantes— y, por otro, la visión sobre la excepcionalidad de Uruguay, no solo a partir de sus características paisajísticas, sino también de aspectos sociales, políticos y culturales. Ese imaginario del Uruguay se fundó en cuatro mitos:

1. el de la presencia permanente del Estado para atenuar los conflictos sociales y la creación de capas medias defensoras de la estabilidad social;

2. la imagen del país europeizado y diferente al resto del continente latinoamericano, sin afrodescendientes ni poblaciones amerindias;
3. el del respeto al sistema democrático, y
4. el mito de un país de ciudadanos cultos, asentado en los elevados índices de alfabetización de sus habitantes.⁷

Esta visión homogeneizadora se vinculó a un sentimiento colectivo capaz de anular otras expresiones identitarias de minorías étnicas o sociales que fueron negadas. Esta negación se relacionó con la admiración que despertó la idea de Europa en todos los grupos sociales —no solo en las elites culturales—, que era tomada como el modelo de progreso. Por ejemplo, en 1898 el cronista

5 Natalia Stalla, «Afrodescendientes y africanos en el Uruguay actual: múltiples identidades», en Karla Chagas, Nicolás Duffau y Ana Frega, Natalia Stalla, *Historia de la población africana y afrodescendiente en el Uruguay*, Montevideo, Ministerio de Desarrollo Social, 2020, pp. 27-56.

6 Ana Frega y Ariadna Islas, «Identidades uruguayas: del mito de la sociedad homogénea al reconocimiento de la pluralidad», en AA. VV., *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2010, tercera edición, p. 363.

7 Juan Rial, «El «imaginario social» uruguayo y la dictadura. Los mitos políticos (de-re)construcción», en Carina Perelli y Juan Rial, *De mitos y memorias políticas*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1986, pp. 15-36.

Movilización del Consejo de la Nación Charrúa y otras organizaciones sociales en la plaza Independencia en enero de 2023. Tomado del Facebook del Consejo. Foto de Rodrigo Vam.

Al igual que organizaciones sociales de afrodescendientes o de personas que emigraron a Uruguay en los últimos quince años, los grupos que reivindican su origen amerindio han comenzado a tomar el espacio público a través de actividades sociales, culturales

y políticas, marcas de la memoria y eventos de recordación. Hasta finales del siglo xx, esa posibilidad de hacer público la procedencia étnica había quedado reducida mayoritariamente a los grupos de procedencia europea.



©Rodrigo Vam

Movilización de Mizangas, colectivo antirracista y feminista. 30 de marzo de 2023. Tomado del Facebook de Mizangas.

La lucha contra el racismo y la xenofobia (que engloba, por ejemplo, a amerindios, afrodescendientes y migrantes recientes) se ha combinado

en los últimos años con otras manifestaciones como el feminismo o la defensa de los recursos naturales.



Escollera Sarandí. Puerto de Montevideo. 15 de agosto de 2019. Foto Luis Alonso, Centro de Fotografía. Foto: 75989FMCMA.CDF. IMO.UY.

La práctica de la pesca a lo largo de toda la zona costera ha sido utilizada por los montevideanos para ganarse la vida, el autoconsumo, pero también para la sociabilidad, ya sea porque una persona va a buscar pique siempre al mismo lugar o porque forma parte de los clubes de pesca.





Niños jugando en el río Santa Lucía, año 2004. Foto Carlos Contrera, Centro de Fotografía 255FMCPNSV.

El agua como espacio de recreación y divertimento acompaña a Montevideo desde sus orígenes. Esta fotografía es también un claro ejemplo del uso que a lo largo de la historia niñas y niños han hecho de la ciudad: recorrer, jugar, descubrir espacios, andar en bicicleta, mirar una ciudad de adultos desde su perspectiva. Las escuelas

fueron otro espacio de socialización de las infancias, pero también para las familias. Numerosos establecimientos de enseñanza forman parte del paisaje de la ciudad. Estudiar es parte de la vida cotidiana de niños, adolescentes y jóvenes, aunque Montevideo también estuvo y está marcada, al igual que el país, por la infantilización de la pobreza. A lo largo de su historia las infancias también fueron parte del mundo del trabajo. En 1911 la Oficina Nacional de Trabajo describió así a los niños de una

fábrica de vidrio: «Falanges de niños de aspecto triste y enfermizo, vestidos pobremente, descalzos, trabajando jornadas de ocho horas, soportando una temperatura media de 50 °C, acarreado las piezas elaboradas o cerrando y abriendo los pesados moldes en un ir y venir fantástico, tiznado y jadeantes como pequeños seres dantescos, pasando junto a la incandescencia del jadeante humo [...] y todo ello para ganar 20 o 30 centésimos a lo sumo».



Arturo Giménez Pastor expresó cabalmente esta idea al sostener que «en Montevideo todos nacemos, nos desarrollamos y las más de las veces morimos, con la idea fija de ver antes de morirnos ese soñado París». En su pasaje por Montevideo en 1911 el exprimer ministro francés George Clemenceau se refirió a «un cordial montevideano, que no conozco, pero que, desde la primera palabra, se revela como un habitué de París». La arquitectura, los bulevares, las costumbres hacían que el visitante francés se sintiera como en casa. Como señaló a mediados del siglo XX el psiquiatra y escritor Isidro Más de Ayala:

Montevideo desde larga data ha vivido con los ojos puestos en París. No obstante formar parte de América del Sur, estamos más cerca de la Avenue de l'Opera y de Champs Elysées que de Quito, Bogotá o Caracas.

Estos influjos homogeneizadores acompañaron a la ciudad durante el siglo XX y buscaron una síntesis

pacífica que permitiera «armonizar lo diverso».⁸

Durante la última dictadura civil-militar (1973-1985) esos impulsos que pretendieron homogeneizar las identidades volvieron con fuerza, ya que el gobierno dictatorial intentó imponer un proyecto cultural asociado a la noción de *orientalidad*, que impuso a la fuerza que quien estuviera contra el gobierno era un *mal oriental* y un *enemigo* con ideas *extranjeras*. La reivindicación de la migración europea y la pertenencia étnica *blanca*, así como la exaltación de algunos valores considerados *típicos* del país, buscaban construir un discurso de cohesión social mientras intentaba legitimar al régimen.

Desde la segunda mitad de la década de 1980, expertos y colectivos sociales han comenzado a revisar algunos de los aspectos conflictivos de la identidad del país y, claro, de Montevideo y a reclamar una revisión del

pasado afro o indígena. Este tipo de manifestaciones públicas ha ido ganando lugar en los medios, en los espacios de la ciudad, a través de marcas de memoria, del reconocimiento institucional, de monumentos y de actividades de conmemoración o celebración que se manifiestan en la reivindicación y en la lucha colectiva que reafirma identidades que son parte central de la historia montevideana.

8 Gerardo Caetano, «Lo privado desde lo público. Ciudadanía, nación y vida privada en el Centenario», en José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski (coordinadores), *Historia de la vida privada en el Uruguay*, Montevideo, Taurus, 1998, tomo III, p. 21.

«Con su voz marinera encantada»: los ríos en el imaginario de Montevideo

En esa relación entre la ciudad y otras zonas del mundo, Montevideo mira al río, o, deberíamos decir, a *los ríos*, ya que está rodeada por dos grandes cursos de agua fundamentales para su desarrollo: el Río de la Plata y el Santa Lucía. Es así que una zona clave y estratégica del proceso poblacional inicial de Montevideo fueron la bahía y, luego, el puerto, que, hasta la fecha, marcan —como vimos— la identidad de la ciudad. Por el puerto ingresaron los primeros pobladores coloniales, los esclavizados, los inmigrantes que los siguieron, y también las religiones, las noticias, las cartas, las modas. El puerto fue central para el desarrollo de la región y para que algunos de los *hombres* del período, a través del comercio, pero sobre todo con el tráfico esclavista, se convirtieran en prósperos empresarios. La compositora Mariana Ingold lo resume en *Despeinando el Plata*, canción con la que en 1993 se presentó en

el concurso que buscaba elegir un himno para la ciudad:

Lejanos vientos trajeron
A tan pobres inmigrantes
Y a muchos aventureros
De las tierras más distantes
Otros vinieron forzados
Del gran continente negro
Con tantos sueños mezclados
Se fue formando este pueblo
La historia de este lugar
La hizo la gente más sencilla
Al borde del Uruguay
La ciudad del mar, maravilla

La importancia de la bahía y del puerto se reafirma en los relatos de viajeros europeos que llegaron a la zona desde el siglo XVIII. La zona cercana a la bahía ha sido un espacio económico fundamental: durante buena parte del siglo XIX en las costas de la ciudad se ubicaron saladeros, frigoríficos, en el puerto y en la Ciudad Vieja, el sector financiero. Del otro lado de la bahía, hacia el oeste, la creación en 1834 de la Villa Cosmópolis,

hoy Cerro, pensada originalmente para recibir inmigrantes obreros, contribuyó a descentrar el papel de la Ciudad Vieja como la única zona de acceso al Río de la Plata.

Bañarse, nadar, remar, navegar, contrabandear, lavar, pescar, ofrendar un bien a una divinidad o disfrutar simplemente de la contemplación del mar han sido actividades que las y los montevideanos desarrollaron desde la fundación de la urbanización. Las actividades acuáticas fueron y son fundamentales para la recreación, pero fueron también sustento cotidiano para miles de mujeres que se ganaban la vida como lavanderas hasta comienzos del siglo XX y lo son para quienes aún hoy se dedican a la pesca artesanal. La relevancia de la pesca ha quedado plasmada en dibujos, fotografías, canciones y poesías. En su *Mosaico poético* de 1857, Francisco Acuña de Figueroa (autor de la letra del himno nacional), le dedicó una poesía

Comparsa La Fabini. Esquina de la rambla Concepción del Uruguay y la calle Aceguá, barrio Malvín. 30 de julio de 2016. Foto Andrés Cribari, Centro de Fotografía 0221FMCPNMV.CDF.IMO.UY.

Existen numerosas comparsas, algunas profesionales, que participan del desfile oficial de Llamadas, mientras otras son iniciativas barriales que pueden o no participar de las actividades oficiales que organiza la Intendencia de Montevideo. Inicialmente, los distintos

toques de candombe se reducían a la población afrodescendientes y a los espacios de sociabilidad afro (salas de nación, asociaciones, clubes), pero la puesta en marcha de un desfile oficial en la década de 1950, la profesionalización, la posibilidad de hacer del candombe un producto cultural de exportación y la transmisión televisiva y por internet del carnaval y de las Llamadas hicieron que cada vez más población de distintos orígenes étnicos se sumara a las comparsas.

El crecimiento de los grupos dedicados al candombe rompió con los estilos rítmicos característicos de algunos barrios (toques de Ansina, Cuareim y Cordón) y amplió las maneras de interpretar este estilo musical. El candombe no es solo instrumental, sino que existe una vertiente de candombe canción que han popularizado músicos, ya sea estrictamente con letras y melodías o incorporando ritmos de candombe a canciones de distintos géneros musicales.



Carmelo Gaeta, florista. Feria de la plaza de Los Olímpicos, barrio Malvín. 29 de setiembre de 2015. Foto Andrés Cribari. Centro de Fotografía 0164FMCNPMV.CDF.IMO.UY.

Las ferias vecinales que se arman en distintos puntos de Montevideo son un espacio de venta directa al público,

pero también de un tipo de sociabilidad que ha permitido a lo largo de los años estrechar vínculos entre feriantes y vecinos. También han generado algunos problemas de convivencia por el ruido, la basura o la circulación de vehículos.

La más famosa de las ferias montevidéanas es Tristán Narvaja,

que se ha ido expandiendo más allá de la calle que le da nombre. La feria de Tristán concita la atención de los habitantes de la ciudad y de turistas, pero también hay otras igual tan importantes como la del Parque Rodó, la de Villa Biarritz o la de Piedras Blancas.



de tono político al bagre, al cual le agradeció por alimentar a la ciudad monárquica, especialmente durante el sitio de las fuerzas militares de las Provincias Unidas entre 1812 y 1814:

Cantar quiero del frígido elemento
Al más grave habitante, al pez más digno

Que al Pueblo en largo asedio y sufrimiento

Es recurso económico y benigno:

Mas para empresa tal, fáltame aliento,

Así al entrar en ella me persigno,
Porque la Cruz con su virtud consagre
La ilustre ofrenda que dedico al Bagre.

Otra riqueza hídrica de Montevideo es su acceso al agua dulce a través de arroyos (algunos subterráneos) y de pozos que abastecían a la ciudad hasta la extensión de la red de acceso al agua potable (aunque en algunas zonas de la ciudad el acceso a ese bien tan importante siga siendo dificultoso

y varios cursos de agua estén contaminados).

El agua también es parte de los sonidos y de los olores centrales del imaginario: las olas rompiendo en la rambla y, por supuesto, la humedad, son características de un paisaje que se extiende desde el oeste al este de la ciudad. Escuchar las olas y vivir una tarde de playa son parte esencial de la vida en Montevideo.

«Vienen cielos/Vienen fuegos»: los sentidos identitarios

Como ya señalamos, la identidad de una ciudad no se compone solo de su materialidad, sino que está marcada por elementos intangibles, pero que, a lo largo de la historia, han sido *atrapados* por quienes la habitan. Podríamos pensar en los olores y en sonidos que asociamos con la ciudad y que, por lo general, son la materia prima a partir de la cual la mayor parte de las personas la recuerda.

Algunos olores y sonidos han moldeado históricamente la memoria y los hábitos de las y los montevideanos. Imaginemos un domingo despejado y el olor a asado; una mañana muy temprano y el aroma a pan y bizcochos de la panadería del barrio; el olor a garrapiñada en 18 de Julio o, en los últimos años, un espacio público en el que se huele marihuana. Pensemos, por ejemplo, en la sirena de una

fábrica, que en algunos barrios servía para conocer la hora o para anunciar el comienzo o el final de la jornada laboral. Recordemos un sonido típico de un sábado o domingo de tarde en los barrios: la comparsa o la *escuela de samba* de la zona que ensayan en la calle; los gritos de gol desde el estadio Centenario o desde las canchas de distintos clubes. También podemos pensar en otros ruidos menos agradables

como la alarma de una casa que nos despierta en la madrugada o en los bocinazos que suenan en las principales arterias vehiculares entre las cinco y las siete de la tarde de lunes a viernes.

La diversidad étnica y social sobre la que ya hablamos también se ha reflejado en los sonidos de la ciudad. Por ejemplo, Montevideo es diversa desde el punto de vista lingüístico: la variedad del español que hablamos en la capital ha tomado préstamos del italiano, del gallego, del vasco, del portugués, de lenguas africanas de la familia bantú o yoruba (en palabras como *candombe*, *mondongo*, *mandinga*, *quilombo*, *milonga*, *catíngua*) o amerindias como el guaraní (*guaraná*, *jacarandá* o *Uruguay*) o el quechua (*achura*, *cancha*, *gurisa*, *ojota*), e incluso de formas lingüísticas de otros departamentos. Como han señalado las lingüistas Virginia Bertolotti y Magdalena Coll, desde el último cuarto del siglo XIX se buscó a

través de distintos mecanismos, con una centralidad muy grande de la educación primaria, eliminar primero cualquier «amenaza» de plurilingüismo de origen europeo o fronterizo (como el portugués) que impidiera que una lengua «local» —el *idioma español*— prosperara.⁹ Así, a finales del siglo XIX, Máximo Torres (seudónimo del periodista Carlos Maeso) veía de manera negativa las múltiples lenguas que convivían en la ciudad:

Va Ud. por la calle y no oye nada más que: *Au Revoir*, *Good Night*, *Addio*, *Wie geht Ihnen*, y en los letreros en lugar de leer *Tienda de la Camelia*, *Almacén del Triunfo* o *Bazar de la Baratura*, todos son *Maison Cambiali* y *English Spoken here*. Hay que andar con diccionario, plegando la boca para pronunciar esas palabras.

Ahora bien, ¿existe un *lenguaje de la ciudad* o al menos expresiones lingüísticas que sean típicas de Montevideo? Es frecuente escuchar a un montevideano decir «botija», «champions» o preguntarle

a alguien «¿Qué hacés, bo/vo?» o, en los últimos años, «ñeri», expresiones que varían según la edad o el origen socioeconómico y cultural de quien las emplea. También, como ocurre en todo el mundo tras la popularización, primero del cine, de la radio, la televisión y, luego, del acceso a internet, hemos ido incorporado distintos anglicismos. El músico e investigador Rubén Olivera lo señala del siguiente modo:

Voy al *shopping* con mi hija para comprarle una camiseta. En el local me dicen que solo tienen estampados en inglés. Llevamos una que dice «Sweet dreams». Vamos a McDonald's y pide una McBacon. Por los parlantes suena el grupo One Direction desde Radio Disney.¹⁰

Y también lo ilustra la pegadiza «Yendo a la casa de Damián» de una banda típicamente montevideana como El Cuarteto de Nos, que juega con los cambios lingüísticos y las transformaciones en el vocabulario:

9 Virginia Bertolotti y Magdalena Coll, *Retrato lingüístico del Uruguay. Un enfoque histórico sobre las lenguas en la región*, Montevideo, Universidad de la República, 2014, p. 25.

10 Testimonio tomado de Rubén Olivera, *Sonidos y silencios. La música en la sociedad*, Montevideo, Tacuabé, 2014.

Imagen 16: Playa Pocitos, 1941.
Dibujo de Pierre Fossey (1901-1976).
Biblioteca Nacional de Uruguay.

Dibujos y fotografías, amplificadas actualmente con el uso de celulares y dispositivos móviles, han permitido retratar los días de playa de los montevideanos, así como los paisajes

marítimos que se pueden tomar desde distintos lugares como la bahía o la zona portuaria (cada vez más tapada por contenedores que impide ver la vista hacia el oeste de la ciudad).



Juan Manuel Besnes e Irigoyen, *Vista del oeste de la ciudad de Montevideo con el Cerro al fondo*, realizada desde el mirador de la casa del empresario y político Juan María Pérez en 1848. Museo Histórico Nacional.

Era habitual que los sectores sociales más pudientes, al que pertenecía Pérez, utilizaran las azoteas de sus casas para tomar el fresco o simplemente para contemplar el cielo. La ausencia de edificaciones de mayor altura, que se comenzaron a construir a partir de la tercera década del siglo XX, permitía que desde la terraza o la azotea de una casa de dos plantas se pudiera ver una parte importante de la jurisdicción montevideana. Las vistas de la ciudad han servido desde el siglo XIX, con la aparición de la fotografía, para promocionar los adelantos edilicios y materiales y se convirtieron en un recordatorio sobre la importancia del cielo y el agua en Montevideo.





Yendo un weekend a lo de Damián
Tenía urgencia de hablar con el *man*
Caminé porque pinché mi *van*
Vi una mina de la que soy *fan*
Una que sale por el canal *Sony*
En una serie que está con un *pony*
Y en mi casa del barrio Marconi
Siempre la veo tomándome un *Johnny*.

Si bien la pluralidad lingüística que espantó al personaje de Maeso ya no es tal, seguimos escuchando distintas formas de hablar (provenientes de colectivos migrantes) y convivimos con numerosos ruidos urbanos, algunos que se asemejan a los que se escuchaban hace ciento cincuenta años. Pensemos en las ofertas de los feriantes o en el sonido del chiflo de los (cada vez menos numerosos) afladores o en el grito (también cada vez menos frecuente) de los vendedores de diarios. A mediados del siglo XX, Isidro Más de Ayala se refirió a esas notas que ponían los gritos en las ferias de la ciudad y consideró que cumplían «una función espiritual innegable», porque «en medio de tantos productos de cerdo, quesos, patatas, repollos, ajos y cebollas, haciendo contraste con ese doble materialismo animal y

vegetal, ponen los cantores la nota delicada, artística, filarmónica».

¿Qué otros sonidos integran Montevideo? Por ejemplo, el viento que llega desde el *mar*, aunque no solo desde el agua, ya que el viento está presente, en especial en algunas esquinas *abiertas* de nuestra ciudad. Alcanza con pararse en 18 de Julio y Daniel Fernández Crespo o en la plaza Independencia un día de viento. Si resistimos el envión, escucharemos con seguridad ese sonido típico de la ciudad. Nuevamente, Más de Ayala, agudo cronista, recomendaba a sus lectores que para sentir la ciudad lo mejor era pararse «una tarde de viento en la esquina de 18 de Julio y Andes y, al mismo tiempo que vuestra temperatura descende bruscamente, seréis tomados por un violento remolino que arranca y eleva en el aire sombreros, diarios, hojas secas, cabellos postizos, ideas falsas, sentimientos insinceros».

Por supuesto que no todos los sonidos son agradables, pero algunos, por más que molesten, ya son parte central de la identidad de la

ciudad. Estamos en casa un sábado de tarde: ya almorzamos y nos vamos a dormir la siesta después de una semana laboral agotadora. Ni bien nos dormimos, entra por la ventana una de las *melodías* que emiten los camiones encargados de distribuir garrafas con gas o el mensaje publicitario del auto o la moto con parlante que anuncia una actividad o que promociona el comercio del barrio.

Pero una ciudad no se compone solo de ruidos. También la hacen sus silencios. Tal vez la expresión de silencio más evidente de los últimos años sea la que recorre 18 de Julio cada 20 de mayo, durante la Marcha del Silencio, una situación paradójica porque el silencio es la característica típica de la que probablemente sea la movilización más masiva de la ciudad y de todo el país. Los silencios también son referentes fundamentales en la vida cotidiana y barrial. El cantante, compositor, actor y dramaturgo Luis Trochón se refirió en 1989 a los silencios de su barrio, que le permitían saber al despertar (en esos primeros momentos cuando aún no se recupera totalmente

Rambla Sur. Al frente: Río de la Plata
y dique Mauá. 9 de octubre de 2019.
Luis Alonso, Centro de Fotografía
77700FMCMA.CDF.IMO.UY.

Sin importar el lugar de la costa en el que nos encontremos, ver atardecer en la ciudad es una actividad típica de sus habitantes. Desde el este hasta el oeste, especialmente en las tardes de primavera y verano, se acumulan sobre

la costa las sombrillas, los termos y mates, las botellas, las bicicletas, las pelotas y distintos elementos que permiten disfrutar del agua, el paseo y contemplar el paisaje.



la consciencia) que era domingo: «el grito del diariero es mi señal indicará», al tiempo que «escucho que un auto se detiene cerca de casa»; es un taxi, «si el ronroneo del taxi dura mucho, debe ser el matrimonio de viejitos que vive frente a casa», pero «si es más o menos corto, entonces será Raúl, el vecino que vive al lado».¹¹

Lo que desde la musicología se define como *paisaje sonoro* puede ser intencional, es decir, consecuencia de la acción humana, pero también natural. Si vivimos sobre un bulevar, digamos José Batlle y Ordóñez, y una mañana escuchamos más pájaros o viento que bocinas, es muy posible que sea domingo o feriado. Si vivimos cerca de la costa y en la noche oímos más fuerte el ruido del oleaje que el de los motores o los caños de escape recortados de las motos, es muy probable que sea un día de semana y no una noche de fin de semana, cuando abundan las llamadas picadas de motos.

Tanto el paisaje natural como el humano han sido rescatados por numerosos músicos y músicas a lo largo de la historia, desde el homenaje al pampero de la nacionalista marcha «Mi bandera», compuesta por los militares José Ramón Ursea y Nicolás Bonomi, o preguntémosnos qué sería de las letras o de la música de numerosos músicos y músicas sin los sonidos de Montevideo.

Ahora imaginemos que estamos en una playa cualquiera de la ciudad un día de enero de mucho calor. Nos queremos dar un baño refrescante y descansar un rato, pero nuestra idea de calma y tranquilidad se ve interrumpida por una música estridente que sale del parlante portátil del campamento vecino, una situación que si nos pregunta alguien más joven le diremos que es nueva. Pero veamos cómo describía en enero de 1961 el periodista J. R. Cravea del diario *El Día* una tarde en la playa Pocitos:

Diez radios para diez usufructuarios, apegados codo con codo, bajo carpas más y más compartidas, cuya sombra se achica con cada nueva remesa de locatarios que llega, son un foro más del Babel musical que requiere oídos de artillero, un pasaporte para el trauma síquico de quien no soporta diez sonidos distintos a un tiempo.

La crónica periodística se refería además a las dificultades de la presencia masiva en pocos metros de costa: era inevitable golpearse, chocarse, tocar el cuerpo de otras personas.

Y así nos zambullimos en otro sentido que también abunda en la ciudad: el tacto. Tocarle el cuerpo a otra persona debe contar con el consentimiento de esa persona, pero muchas veces constituye una situación abusiva —que, en los últimos años se ha visibilizado cada vez más, en especial si ocurre en el espacio público—. Sin embargo, aquí nos referimos al sentido del tacto cuando opera de forma involuntaria, por ejemplo, en el transporte colectivo. Un tranvía del siglo XIX o un ómnibus

11 Testimonio tomado de Olivera, o. cit., pp. 27, 28.

(desde su aparición en la primera mitad del siglo xx), además de ser presencias ruidosas, han sido un espacio en el que los cuerpos fueron y son puestos a prueba: la mayor parte de las y los montevideanos ha viajado apretada en el transporte colectivo, en especial en los horarios cercanos al comienzo o al final de la jornada laboral y educativa.

Así, escritores y cronistas como Daniel Muñoz, Hugo Alfaro, Alfredo Mario Ferreiro, Julio César Puppo (*El Hachero*), Felisberto Hernández o Elina Berro, entre otros y otras, se refirieron al papel del transporte colectivo. Y de nuevo Más de Ayala describió así su uso frecuente del transporte público en 1960:

Sobre mis riñones, un pasajero flaco se me estaba incrustando y ya tenía introducido su codo en lo que debía ser mi peritoneo. Una señora gruesa, cartera incluida, se dejaba caer contra mí como si yo fuera un sofá. Y delante mío una mujer pequeña, que yo creí que llevaba un niño en brazos, pero que resultó un atado de ropas, me lo puso contra el rostro al punto que para poder respirar debí doblar la cabeza. Mi único apoyo era una mano tomada del hierro superior y así mi

cuerpo giraba en cada curva o frenada poniendo a prueba la resistencia y elasticidad de las articulaciones de mi cintura, caderas y rodilla.

Esta situación corporal iba acompañada por una conjunción de gritos, quejas, voces, de vendedores ambulantes pregonando sus productos, de saludos entre choferes. La expresión *ir apretado como sardina en lata*, en relación con el transporte público se utiliza con frecuencia entre montevideanos y es parte de la canción «El 125» (2017) de Gerardo Nieto, en homenaje al ómnibus que une la Ciudad Vieja con el Cerro.

Los olores también son parte de la identidad montevideana. Hay olores agradables, como el del jazmín que recuerda Rubén Olivera en la canción «Interiores» sobre su infancia en La Unión, o el olor de un asado (que nos activa el sentido del gusto), pero también están los olores que trae la incorporación a la culinaria local de sabores de otros lugares del mundo: el olor de un pollo masala o de una arepa que podemos sentir en una feria o en un festival gastronómico. Y así tal vez nuestras papilas gustativas

se activen hoy con el olor de un döner kebab como antes lo hacían con una carne dorándose en la parrilla.

Ahora, toda ciudad tiene también olores desagradables como los de los desechos domiciliarios. El olor que podemos sentir hoy cuando nos acercamos a un contenedor de recolección de residuos es tan penetrante como el que podía sentir un anónimo integrante de las fuerzas británicas que asaltó Montevideo en 1806 y 1807, quien se refirió a «las basuras que se echan por los portales de la calle y que apestan insoportablemente». Y esa misma basura siguió y sigue siendo parte del imaginario montevideano. Si bien buena parte de los basurales de la ciudad se ha erradicado mientras que distintas plantas de destrucción o de reciclaje de desechos forman parte del paisaje, lamentablemente, y como se ha denunciado en trescientos años, algunas zonas de la ciudad se caracterizan aún por la acumulación de basura al tiempo que miles de habitantes de Montevideo se ganan la vida recolectando residuos domiciliarios o

Parroquia Nuestra Señora de Lourdes, barrio Malvín. Año 1941. Sin datos de autor. Centro de Fotografía, 07757FMHGE.CDF.IMO.UY.

Ubicada sobre la calle Michigan, esquina Rivera, la construcción de la parroquia comenzó en 1932 y

finalizó en 1934. En la década de 1960, la intervención del arquitecto Eladio Dieste y el apoyo económico de los vecinos permitieron ampliar la superficie de la obra y darle las características actuales, aunque el proyecto original de Dieste no se realizó en su totalidad. La existencia

y convivencia de iglesias, santuarios y centros de culto de distintas religiones, es otro elemento identitario de la ciudad. A diferencia de otros lugares del mundo, la intolerancia religiosa no ha sido —salvo por hechos muy aislados— un elemento a destacar en el Uruguay contemporáneo.



Homenaje a Iemanjá, diosa del mar. 2 de febrero de 2009. Foto Andrés Cribari, Centro de Fotografía 11234FMCMA.CMDF.IMM.UY.

Todos los 2 de febrero, y al igual que en otras zonas costeras de la región o del mundo, miles de personas se

reúnen en las playas de Montevideo para enviar sus ofrendas a Iemanjá, orixá del mar que integra, junto a otras deidades, el calendario de religiones de origen africano o que surgieron en el continente americano durante el proceso de conquista y colonización. En Uruguay uno de los cultos de matriz afro más extendido es el umbandista.

En Montevideo, y como muestra la fotografía, el centro de la convocatoria es la playa Ramírez, aunque el festejo se extiende a otros lugares de la costa y llama la atención no solo de fieles sino también de público en general y es otro ejemplo de la convivencia de distintas prácticas religiosas.



industriales, en la mayor parte de los casos en condiciones laborales muy precarias.

La vista es otro de los sentidos que alimenta la identidad montevideana. Pensemos en los colores de la ciudad: un atardecer contra la rambla o las hojas de los árboles en otoño, las distintas empresas de transporte que identificamos según el color de sus unidades, las banderas del cuadro de nuestros amores o el color ladrillo del (casi) omnipresente Santuario Nacional del Cerrito.

Así, también mirar directamente o desde detrás de una cortina por la ventana ha sido parte central de la historia de la ciudad. A mediados del siglo XIX el escritor francés Alejandro Dumas se refirió a «los miradores innumerables de variadas formas que coronan casi todas las casas» y que servían a los habitantes más pudientes de la ciudad para observar el horizonte, dialogar entre sí o simplemente tomar el fresco. Un rico habitante de la ciudad de 1840 o 1850, época en la que escribía Dumas, podía contemplar desde su domicilio

las casas vecinas, el Cerro, los saladeros y «al fondo de la bahía y bordeando la mar, las encantadoras quintas, delicia y orgullo de los habitantes».

Otro aspecto cromático destacado por Dumas fue la costumbre de pintar las fachadas de colores vivos: rojo, amarillo, azul. Entonces, ¿dónde queda esa idea de un Montevideo caracterizado por «una bufanda de hormigón», al decir del periodista Hugo Alfaro, en referencia al gris predominante en las calles, los principales edificios y monumentos?

Quizás porque en 1911 una disposición ordenó que todos los frentes de las casas imitaran materiales de construcción «como ser arenisca, ladrillo y piedras en general». El arquitecto Román Berro concluyó: «las casas de Montevideo solo pueden ser pintadas de gris», mientras el abogado y pintor Pedro Figari pidió «acentuar el tipo autóctono de la ciudad si puede decirse así, que es y debe ser luminoso y alegre, rodeada como esta de mar y coronada por un cielo radiante, cielo que riñe

con la severidad y mucho más aún con la monotonía y la melancolía». En su opinión, pintar las fachadas de gris era una forma de —en ese orden— triturar, castrar y decapitar la ciudad. La disposición de 1911 no tuvo mayores resultados, lo que provocó en setiembre 1917 la queja de la Sociedad de Arquitectos del Uruguay, que pidió que se respetara la normativa porque aún quedaban en Montevideo «edificios levantados en épocas anteriores» pintados «con variedad de tintas, según la libre voluntad de sus propietarios». En 1930 el cronista argentino Roberto Arlt se refirió con admiración a Montevideo y sus fachadas «pintadas de amarillo, rojo de ladrillo, verde de mar, azul de lejía, borra de vino», mientras que para Isidro Más de Ayala las casas con fachadas de ese color «ponen en nuestra ciudad una nota colonial que nos llega a través del tiempo como un apagado perfume al abrir un mueble antiguo».

Y fue el mismo cronista quien se refirió a otro color predominante en la ciudad: el celeste cuando afirmó que en cada montevideano

Quinta de Aurelio Berro. Álbum de fotografías tomadas por los alumnos de la Escuela de Artes y Oficios entre los años 1882 y 1883. Biblioteca Nacional de Uruguay.

Ubicada en el Prado, en las actuales Agraciada entre Juan Carlos Blanco y 19 de Abril. La quinta, construida entre 1871 y 1874, fue reciclada entre 2000 y 2001 y en la actualidad funciona allí el Uruguay National Garden. La quinta de Berro es uno de los típicos

ejemplos de retiro de las clases altas montevidéanas que abandonaban la zona céntrica y la Ciudad Vieja, en especial en verano, para trasladarse a los barrios Prado, Paso Molino, Colón, Sayago o Lezica.



habitaba un «contemplador de cielos». Los lugares ideales para la tarea eran los «altos apartamentos del Montevideo actual» que «han hecho descubrir el cielo a mucha gente que lo ignoraba, pues llevaban una vida de termitas». Desde el Salvo o el hotel Victoria Plaza «se advierte cuán grande es nuestra riqueza en cielo» y «quien desde allí presencia un atardecer, no siente la necesidad del cinemascopio ni de la pantalla panorámica» porque el cielo de la ciudad era «una grandiosa acuarela».

Algo parecido dijo Mariano Arana, arquitecto y exintendente de Montevideo (1995-2004), cuando le preguntaron cuál era el mejor atardecer de Montevideo. Si bien eligió más de uno, se refirió a la vista de la plaza Virgilio, en Punta Gorda, «un espectáculo paisajístico que te morís. Impresionante. Tenés que ir con un médico al lado para que te vaya tomando la presión». Hay que decir también que no todos quienes se refirieron al cielo de la ciudad tuvieron impresiones similares a las anteriores: en su melancólica declaración

de amor a Montevideo (2001), la poeta Cristina Peri Rossi definió a la ciudad como un lugar «fuera del mapa» ubicado en «una pampa gris como cielo», que se parece a «una vieja fotografía/virada al *sepia*».

Otros colores también caracterizan a Montevideo: el verde de los parques y de los árboles, las variedades de flores de los canchales públicos, jardines, patios, ventanas, balcones o en las puertas de las casas. Recordemos una estrofa de otro himno de Montevideo como «Durazno y Convención» (1985) de Jaime Roos, en la que también los colores de las flores son protagonistas:

La calle Durazno
Muere sin saberlo
Cuando se ilumina
Toda de lila
En pleno diciembre
A la hora más lenta
La siesta obligada
Del jacarandá.

El cruce entre los distintos sentidos nos puede transportar al pasado. Contemplar la costa nos une

con quienes llegaron a la ciudad por barco cargados de pobreza e incertidumbre, mientras que un amanecer en la ciudad nos puede generar emociones similares a las que sentía una mujer esclavizada que colgaba la ropa al salir el sol en el siglo XVIII. Entre incontables vivencias, formas de sentir la ciudad, que unen a montevideanos y montevideanas de distintas épocas y ayudan a pensar en la identidad y sus transformaciones permanentes, los sentidos también ayudaron a disfrutar del espacio público y defender la idea de Montevideo como una ciudad de todos y todas.

«Con su voz de boliches y grillos»: Montevideo pública

Los sonidos, los olores, el tacto, la vista, el gusto se expresan en los ambientes domésticos, pero también cuando ese espacio privado se expande en reuniones en distintos espacios públicos que forman parte de la ciudad.

La convivencia en las calles, los festejos colectivos, las movilizaciones sociales o políticas, los movimientos culturales están íntimamente relacionados con el uso del espacio público. Desde el período colonial los habitantes de la ciudad tuvieron una vocación pública de tomar las calles para discutir, debatir, protestar, pero también para compartir.

A su vez, el temprano comportamiento laico, en especial en Montevideo, permitió que, no sin debates, todo lo religioso ocupara el espacio público. Por un

lado, a través de sus monumentos (La Cruz del Papa o algunos edificios como la Iglesia Matriz, el Templo Inglés, la sinagoga de la colectividad sefardí, el Templo Metodista de Uruguay, la Catedral Surp Nersés Shnorhali de la Iglesia Apostólica Armenia o la sede central de Pare de Sufrir).¹² Por otro lado, con una diversidad religiosa gracias a la cual desde el siglo XVIII y hasta hoy conviven múltiples iglesias (provenientes del mundo europeo, del mediterráneo, del oriental, del africano e incluso de grupos que siguen tradiciones religiosas amerindias). La laicidad promovida por el Estado desde comienzos del siglo XX ha garantizado esa convivencia religiosa. El sentimiento religioso es un elemento central para comprender distintas identidades que también son visibles en la ciudad, y si bien lo religioso se radica

mayoritariamente en el ámbito doméstico y privado, también está presente en distintas manifestaciones en la ciudad: celebraciones, ofrendas, imaginera o balconeras.

Otro lugar público, como vimos en el apartado dedicado a los ríos, desde el período colonial, la costa y el agua fueron los primeros espacios utilizados en forma masiva por los habitantes de la ciudad. El uso del agua, no solo de la costera, sino también de la de los arroyos, fue una práctica común de todos y de todas las montevideanas más allá de su situación socioeconómica. En el siglo XIX, los sectores más pudientes podían retirarse a las zonas de quintas o chacras ubicadas en los actuales barrios del Prado, Paso Molino o Colón. Hasta entrado el siglo XX los parques estaban pensados para escapar de la ciudad,

12 Sobre la polémica por monumentos religiosos en el espacio público de Montevideo véase Gerardo Caetano, «Laicidad, ciudadanía y política en el Uruguay contemporáneo», en Gerardo Caetano, *La novedad de lo histórico. Antología esencial*, Montevideo, Planeta-Clacso, 2023, pp. 157-193.

Tapa del suplemento dominical del diario *El Día*, 9 de julio de 1950. Fotografía de Juan Caruso.

El Hospital de Clínicas de la Universidad de la República es un edificio característico de la ciudad que hoy atraviesa procesos de reforma y de remodelación. Es un centro asistencial de referencia para una parte muy grande de los habitantes del noreste de Montevideo. La crónica de *El Día* da cuenta de esa importancia: «Fue incorporado a la Universidad el Hospital “Manuel Quintela”, que en rigor así se llama al de Clínicas, después de debatirse ampliamente si debía ser dependencia del Ministerio de Salud Pública o de la Facultad de Medicina. La decisión produjo alboroso [sic] entre los estudiantes de medicina que realizaron manifestación y el acto simbólico de la toma de posesión».



EL HOSPITAL DE CLÍNICAS.

Fue incorporado a la Universidad el Hospital “Manuel Quintela”, que en rigor así se llama al de Clínicas, después de debatirse ampliamente si

debía ser dependencia del Ministerio de Salud Pública, o de la Facultad de Medicina. La decisión produjo gran alboroso entre los estudiantes de medicina que realizaron manifestación y el acto simbólico de la toma de posesión. (Fotografía JEAN CARUSO).

Complejo Bulevar Artigas de los arquitectos Ramiro Bascans, Thomas Sprechmann, Héctor Vigliecca y Arturo Villamil. Imagen Servicio de Medios Audiovisuales de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de la República. Foto N. Correa. 2015.

El llamado Complejo Bulevar es, como otros centros habitacionales, un conjunto de edificios representativos de Montevideo no solo por sus características arquitectónicas y de diseño, sino también porque a su alrededor se ha constituido una muy importante red social, comercial y vecinal. Tanto en este complejo como en otros de la ciudad, las actividades

organizadas por los vecinos y grupos socioeconómicos, han permitido que el vínculo entre sus habitantes sea muy estrecho. Según distintos testimonios, quienes viven en estos edificios, o similares, como el Parque Posadas, Euskal Erría 71 o distintas cooperativas de viviendas, tienen un profundo sentido de pertenencia.



mientras que en la actualidad los parques forman parte de la trama urbana. Pensemos en el Parque Rodó, en el parque Idea Vilariño, el parque lineal Arroyo Miguelete, el parque Capurro, el Memorial en Recordación de los Detenidos Desaparecidos en el Cerro o incluso en las peatonales urbanas que se han comenzado a implementar desde 2020.

Y, por supuesto, esta transformación en el uso de lo público tiene antecedentes históricos.

En 1888 la Junta Económico-Administrativa de Montevideo creó la Dirección de Paseos Públicos (que luego se llamó Dirección de Parques y Jardines) y en 1890 contrató a los paisajistas franceses Edouard y René André para que se encargaran de planes de ornamentación y de ordenamiento de la ciudad. Sus propuestas, que se concretaron mucho más tarde, resultaron fundamentales, por ejemplo, en la creación

definitiva del paseo del Prado, en la formación de algunos parques públicos y de un camino de circunvalación costero que partía del cementerio del Buceo, mejoras en la caminería de acceso a la ciudad que permitieron que calles y plazas tuvieran relevancia en la trama urbana.¹³ A finales del siglo XIX y comienzos del XX se impuso la idea arquitectónica de pequeñas ciudades autosuficientes rodeadas de espacios verdes que inspiró el desarrollo de Colón y de Lezica como barrios jardín; al loteo y posterior construcción de Carrasco como zona balnearia del arquitecto Carlos Thays, o al llamado Barrio Parque del Pueblo, diseñado en 1919 por Eugenio Baroffio frente al actual Parque Rodó. Si bien la ciudad aún mantenía una fuerte segmentación social, la relevancia que su Gobierno le daba a los espacios públicos impulsó el nacimiento de una concepción sobre la ciudad que se profundizó con el primer batllismo (1903-1915), que

fomentó la construcción de plazas de deportes, de parques escolares, de monumentos, de paseos barriales para que disfrutaran las familias trabajadoras los días festivos o los fines de semana y que apoyó beneficios legislativos —muchos impulsados por los sindicatos— que permitieron a las y los trabajadores disfrutar de la ciudad en su tiempo libre.

En 1911, el proyecto para el trazado general de avenidas del arquitecto italiano Augusto Guidini apostó al embellecimiento de la ciudad a través de un sistema de parques, plazas y avenidas que incluía el área de la bahía —con el puerto reinaugurado en 1909— y el Cerro. Luego se incorporó la rambla de Montevideo, cuya construcción se inició en 1925 y se extendió por casi dos décadas.

La rambla (que en veinticuatro kilómetros une Pajas Blancas con Carrasco) sigue siendo el paisaje más típico de Montevideo,

13 Nelly da Cunha, *Montevideo ciudad balnearia (1900-1950). El municipio y el fomento del turismo*, Montevideo, FHCE, Universidad de la República, 2010, pp. 68, 69; Juan Articardi, *Dilemas modernos. El proyecto urbano en Montevideo y la costa balnearia*, Montevideo, Universidad de la República, 2015, pp. 51-58.

atractivo para los habitantes de la ciudad y también para los visitantes. Ir a tomar unos mates o una cerveza a la rambla, a conversar o a hacer deporte sean posiblemente las actividades comunes de buena parte de las y los montevideanos más allá de su condición socioeconómica.

Las primeras cuatro décadas del siglo XX se caracterizaron por lo que la arquitectura llama *ciudad extendida* basada en proyectos arquitectónicos, urbanísticos y viales que transformaron Montevideo y su forma de habitarla. El plan regulador de la ciudad de 1930, que se le encargó al arquitecto Mauricio Cravotto, era una propuesta integral que, entre otras medidas, propuso un nuevo centro de la ciudad en las inmediaciones de Tres Cruces, donde se unirían todas las grandes arterias, la construcción de quinientos edificios, un sistema de transporte ágil que limitaba la circulación vehicular en zonas

congestionadas, una terminal de trenes en la zona de Bulevar Artigas y Garibaldi, un metro y un aeropuerto en Carrasco, además de que proponía obras públicas para que las personas disfrutaran del aire libre y pudieran desarrollar actividad física (por ejemplo con una ciudad deportiva sobre el río Santa Lucía). Las autoridades montevideanas apelaron a construir una imagen de metrópoli moderna con la mira puesta en las grandes ciudades europeas, pero también en las estadounidenses. El plan de 1930 no se cumplió en su totalidad, pero sirvió para fijar algunos rasgos urbanos que permanecen hasta hoy y para impulsar el debate político, arquitectónico y urbanístico sobre las transformaciones en la ciudad.

El proceso de transformación urbana estuvo acompañado de la construcción de imágenes que resaltaban esos adelantos edilicios, monumentales, culturales, pero que también *borrar* toda

diferencia social. Los sectores populares eran retratados solo como objeto de asistencia del Estado benefactor o como parte del proceso de construcción de esa ciudad considerada modélica. Y como medio de propaganda, el Gobierno de la ciudad apeló a la fotografía: vistas de la ciudad, edificios relevantes, espacios públicos y todos aquellos lugares considerados *bellos* fueron retratados y difundidos como parte de la folletería oficial.¹⁴ En estas fotografías Montevideo se presentaba como moderna, con grandes obras de infraestructura, arquitectónicas y urbanísticas, y se mostraba además conectada con el mundo a través del destaque de su papel como capital de un país productor de materias primas que salían por su puerto, aunque la Sociedad de Arquitectos del Uruguay no tenía la misma impresión y durante la primera mitad del siglo XX cuestionó la falta de orden municipal para trazar un plan urbano.

14 Mauricio Bruno, «Uruguay para propios y extraños. Fotografía, propaganda e identidad nacional (1929-1972)» en Magdalena Broquetas y Mauricio Bruno (coordinadores), *Fotografía en Uruguay. Historia y usos sociales*. Tomo II. 1930-1990, Montevideo, Centro de Fotografía, 2018, pp. 16-53.

Lion's Fútbol Club. Digitalizada el 26 de julio de 2014 por el Centro de Fotografía del Archivo personal de Roberto Martínez.

Tomada de <https://cdf.montevideo.gub.uy/fotografias/barrio-malvin#>

Parados: Sergio Varini, Walter Rigau y Fernando Varini. Sentados:

Roberto Martínez, Osvaldo Molinelli, Eduardo Varini, Carlos Seveso y Jorge Martínez. Calle Missouri 1441 esquina Aconcagua, barrio Malvín. Año 1970 aproximadamente.



Lion's Fútbol Club. Foto: Andrés Cribari, Centro de Fotografía 0028FMCPNMV.

Parados: Sergio Varini, Walter Rigau y Fernando Varini. Sentados: Roberto Martínez, Osvaldo Molinelli, Eduardo Varini, Carlos Seveso y Jorge Martínez. Calle Missouri 1441, esquina

Aconcagua, Barrio Malvín. 26 de julio de 2014. Un club de fútbol de niños en el que sus jugadores, más de cuarenta años después de su fundación en el que sus integrantes aún mantenían un vínculo de amistad y de amor por el barrio. Ejemplo del tipo de relación vecinal que llevó a que muchas veces quienes vivían en la misma zona fueran

considerados no solo amigos sino también familia. Ese amor por el barrio se puede ver en distintas memorias publicadas, así como en las entrevistas que se han hecho en el marco del proyecto «Cuenta Montevideo desde tu barrio» que busca involucrar a los vecinos en la celebración por los trescientos años de la ciudad.



Por ejemplo, en mayo de 1926, desde su revista, la Sociedad denunció el «desconcierto en el crecimiento urbano caprichosamente realizado» con zonas como nuevos barrios que «no tienen nada de lo que da verdadera fisonomía a la vida urbana» con población que «se ha desparzamado en innumerables villorrios suburbanos sin ningún atractivo». Pocos años después, en 1932, el arquitecto Octavio de los Campos se refería a ese mismo proceso cuando sostenía que «Montevideo se agranda», pero «no se engrandece»; mientras que su colega Teófilo Herrán denunciaba dos años más tarde los nuevos barrios como una expresión de «promiscuidad», carente de «saneamiento y suministros urbanos», en proximidad con fábricas y cementerios y separados «de la red arterial viaria» y los espacios públicos.

La prensa escrita y distintos referentes intelectuales también criticaron estos cambios urbanos y nuevos edificios. En 1940 el poeta Líber Falco recordaba con nostalgia su infancia barrial en Jacinto Vera, al tiempo que

narraba las transformaciones que sufría la ciudad, porque las cometas que remontaba de niño ahora tenían que subir «más allá de los rascacielos» y «por arriba de los palacios». En 1927, un año antes de la inauguración definitiva del palacio Salvo, el poeta Alfredo Mario Ferreiro le dedicaba un poema a ese «Rascacielos», donde lo definía como «una jirafa de cemento armado» y «aburrida», cuestionando esos nuevos tipos constructivos, que mostraban la tensión entre convertirse en una gran urbe o reivindicar la llamada *ciudad jardín*. Una impresión similar a la de Ferreiro esbozaba «Dactilógrafo», la voz de un poema de Mario Benedetti, quien el «quince de noviembre de mil novecientos cincuenta y cinco» recordaba que en su infancia —que coincidía con la niñez de Falco y la juventud de Ferreiro— «Montevideo era verde», «absolutamente verde y con tranvías». Por el contrario, algunos medios de prensa alentaban la edificación moderna y cuestionaban, como *El Diario* en agosto de 1935, que se viera «en cada trozo de edificación vetusta algo digno de ser

considerado como monumento nacional».

A mediados del siglo xx Montevideo contaba con algunas obras emblemáticas como los palacios Jackson, Ortiz de Taranco, Piria, Acosta y Lara, Legislativo, Díaz, Salvo, Santos o Municipal. Entre las décadas de 1940 y 1960 —y en especial luego de aprobada la Ley de Propiedad Horizontal en 1946— la ciudad se desplegó cada vez más en sentido vertical (como sigue subiendo hasta hoy, con el *boom* de la construcción, en especial de edificios de apartamentos). Así se erigieron algunos de los edificios más reconocidos de Montevideo: el Palacio de la Luz, La Goleta, el Hospital de Clínicas, el edificio La Playa, el del Banco Hipotecario, las viviendas Lamaro en la rambla sur, la sede de la Asociación Cristiana de Jóvenes en el Cordón, el Panamericano, el Club Banco República, el Banco de Crédito (hoy sede del Ministerio de Desarrollo Social), el Notariado, el Ciudadela, entre otros.

Estos cambios no fueron recibidos siempre con optimismo entre la

diversidad de quienes habitaban Montevideo, como se puede ver en los versos de «Falsa oposición» que Mario Benedetti escribió en 1962 y donde decía sobre las torres que empezaban a poblar Montevideo:

Aquí está el Palacio Salvo
allá está el Victoria Plaza
son tan torpes tan horrendos
que a uno lo dejan sin habla
su fealdad es tan espesa
que no alcanzan las palabras
para describir sus moles
tan imponentes e inválidas.

Como toda ciudad, Montevideo se siguió complejizando en su despliegue arquitectónico. A partir de la década de 1970 surgieron algunos grupos habitacionales que ya forman parte de la ciudad como las viviendas cooperativas Covisunca, el complejo del barrio Conciliación (conocido como el de Millán y Lecocq), el Parque Posadas, el Complejo Bulevar, las viviendas de Malvín Norte, así

como numerosos núcleos habitacionales que se construyeron desde el Instituto Nacional de Viviendas Económicas en ese período como resultado de las propuestas cooperativas impulsadas por Fecovi o Fucvam.

Como venimos viendo, Montevideo creció en su extensión territorial pero más en altura, aunque el uso de algunos lugares públicos para construcción restringió el acceso de los habitantes de la ciudad y al mismo tiempo inició la fragmentación del vínculo de vecindad que había sido tan importante desde la segunda mitad del siglo XIX en adelante. Por supuesto que esto no implica romantizar la vida barrial, ni pensar que todo tiempo pasado fue mejor, pero sí pensar que las relaciones de vecindad, el vínculo con quienes vivían al lado, arriba o abajo, con quienes se compartía la escuela o el trabajo, sirvió para forjar lazos perdurables a lo largo del tiempo.

Jurisdicción administrativa, pero también sentimental, cada barrio surgió con algunos rasgos peculiares que lo distinguían de otras zonas de la ciudad. En la primera mitad del siglo XX se fue construyendo un entramado de barrios ligados a la actividad industrial y de servicios, que serían habitados por trabajadores y trabajadoras de distintas ramas de la producción: La Teja, marcada por la omnipresencia de la refinería de ANCAP (que se fundó desde el Estado en 1931); Villa Española, surgiendo alrededor de la empresa de neumáticos FUNSA; el Cerro y sus frigoríficos; Sayago y las cementeras; Aguada y las barracas de lana; Maroñas y Nuevo París con las curtiembres, o Peñarol y los talleres ferroviarios.¹⁵ Como señala Javier Jaunsolo sobre el barrio de Pocitos de las décadas de 1950 y de 1960, lo que había en la ciudad eran «barrios afectivos de límites dudosos». Y eso es lo que la historiadora Milita Alfaro llamó, al referirse a la infancia de

15 Rodolfo Porrini, *Montevideo, ciudad obrera. El tiempo libre desde las izquierdas (1920-1950)*, Montevideo, Universidad de la República, 2019.

Cantina de la Comisión Fomento Aires Puros, alrededor de 1950. Centro de Fotografía, Fondo Privado Memoria de la Ciudad, Fondo Particular Aires Puros, número 20.

Las cantinas de clubes deportivos o de asociaciones vecinales, así como bares, cafés o comercios fueron un espacio de sociabilidad y reunión importante para los hombres de la ciudad. Un programa de televisión conducido por el

periodista Marcelo Fernández, emitido por Canal 10, se titulaba «Boliches. El corazón del barrio». Y en efecto, estos eran lugares fundamentales de la sociabilidad masculina. Numerosos testimonios dan cuenta de la reticencia al ingreso de mujeres a estos locales. Así describía el músico y cronista Ramón Collazo (1901-1981) la presencia en un bar de la desaparecida calle Yerbal en la Ciudad Vieja de la poeta María Eugenia Vaz Ferreira: «Yo era un

niño, pero me acuerdo perfectamente de una señorita bien que alguna mañana que otra se tomaba una copita en nuestro negocio [...] Decían que era una mujer inteligente, pero la consideraban no muy normal, pues los vecinos del barrio no comprendían cómo una dama de su categoría podía tomar en un boliche». Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo XX, la presencia femenina fue cada vez más habitual.



Bar y rotisería en Cerrito 234, Ciudad Vieja. 20 de octubre de 2006. Foto Daniel Sosa, Centro de Fotografía 0019FMCPNCV.

Un bar sin nombre que convivió con numerosos establecimientos célebres, algunos aún en funcionamiento, otros extintos. Nombrarlos a todos implicaría abrir un listado muy grande, que si bien recorrería toda la geografía

montevideana, probablemente quedaría incompleto. Cada barrio tenía sus establecimientos típicos y la expresión tomar una sigue siendo usual entre varias generaciones para referirse a tomar algo en un bar.



Jaime Roos en el Barrio Sur, «la república de la vereda».¹⁶

Ya fuera por el componente étnico de sus habitantes o por el tipo de actividades laborales que en ellos se desarrollaban, los barrios fueron moldeando una identidad propia y, si no la tenían por esas características, los emprendedores inmobiliarios buscaron promover una. Así pasó con la fundación de algunas zonas de la ciudad que surgieron por iniciativa de Florencio Escardó, Francisco Piria o Emilio Reus, entre otros, que compraban tierras baratas para vendérselas luego en cuotas a lo que conoce como *promitentes compradores*.

Desde la década de 1950 la Intendencia desarrolló una serie de obras para construir infraestructura habitacional con los llamados *centros de barrio* (que concentraban actividades sanitarias, sociales y culturales) y

también conformó la Dirección General de Cultura (1956-1960) que tuvo entre sus cometidos iniciales organizar distintas actividades culturales en el departamento como las «Jornadas Vecinales», que buscaban explotar los espacios urbanos para la construcción ciudadana.¹⁷ Desde la década de 1990 hasta el presente, el proceso de descentralización se ha ido consolidando primero con la creación de los centros comunales y, desde 2009-2010, con la consolidación del tercer nivel de Gobierno, para garantizar la participación vecinal e impulsar los cambios que la ciudad necesitaba.

Antes que cualquier transformación institucional un lugar fundamental para la vida social y política del barrio lo constituyeron los boliches, cafés, bares, las cantinas o los almacenes, que formaron parte de la geografía urbana. Desde el siglo XVIII estos espacios fueron una pieza clave

de la sociabilidad montevideana, y el *bolichero* fue —o sigue siendo— un personaje central de la vida barrial y un importante articulador comunitario, en especial para los llamados «parroquianos», mayoritariamente hombres que se juntaban en bares y cafés para tomar y comer, para tener reuniones sindicales o políticas, para compartir con sus amigos, para jugar a las cartas, al billar o al pool, para apostar, para hacer negocios (legales e ilegales) y también enredarse en discusiones de diversa índole.¹⁸

«El hijo del pueblo tiene su club, su tertulia, en el almacén de la esquina. Allí se agitan todas las grandes pasiones del pequeño mundo», decía en 1895 Máximo Torres, mientras que nuestro cronista Más de Ayala se refería a los debates en los bares agregando un elemento alusivo a la poca intensidad de esas polémicas: el «montevideano» «es

¹⁶ Álvaro Payrá, *Cuando Pocitos era una Fiesta (recuerdos de Javier Jaunsolo)*, Montevideo, Ediciones Arkano, 2006, p. 20; Milita Alfaro, *Jaime Roos. El Montevideano. Vida y obra*, Montevideo, Planeta, 2017, p. 36.

¹⁷ *Memoria del Concejo Departamental de Montevideo. 1955-1959*, Montevideo, Concejo Departamental de Montevideo, 1959.

¹⁸ Mario Delgado Aparain, *Boliches montevidianos: bares y cafés en la memoria de la ciudad*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2005; Juan Antonio Varese, *Personajes y tertulias en cafés y bares de Montevideo*, Montevideo, Planeta, 2018.

Olimpiadas de cooperativas de Punta Gorda para que se conozcan los vecinos. 1984. Fotografía de Julio Nattero. Tomada de <https://blogs.ceibal.edu.uy/formacion/memorias-del-barrio/>

Las cooperativas de vivienda constituyen otra solución de vivienda para miles de habitantes de la ciudad. Como en muchos casos nucleaban personas con distintos orígenes,

era fundamental fomentar el relacionamiento. Un ejemplo es el de las olimpiadas de la década de 1980 en una zona de fuerte presencia de cooperativas en el barrio Punta Gorda.



Salón Municipal, ubicado en la zona del actual Casavalle, en los festejos de los cincuenta años de la Comisión Fomento del Barrio Municipal. Vecinas y vecinos bailando. Año 1991. Archivo de la Comisión Fomento del Barrio Municipal.

Tomado de <https://blogs.ceibal.edu.uy/formacion/memorias-del-barrio>.

Las comisiones de fomento fueron, y en algunos lugares siguen siendo, un espacio articulador entre las demandas vecinales, las autoridades y el llamado tercer nivel de Gobierno,

pero además de cumplir con una función reivindicativa, las actividades que desarrollaron en sus sedes o en instituciones cercanas permitieron que, desde la primera mitad del siglo XX y hasta el presente, sean espacios legitimados y fundamentales para la vida barrial.



impresionable, sensacionalista y necesita estar viviendo siempre una «bomba» [noticiosa], está siempre arriba de «los asuntos más candentes», aunque esa preocupación «por los problemas más apasionantes no dura tres meses, al cabo de los cuales ya nadie se acuerda de ellos» y «si han durado un poco más, nunca han sobrevivido al partido Nacional-Peñarol que barre y acapara el interés». La letra de «Las Luces del Estadio» (1986), de Raúl Castro y Jaime Roos, recoge esa importancia del bar para la ciudad.

Todos hemos pasado alguna alborada
Por la puerta del bar donde para la vida
Donde a la medianoche reviven
fantasmas

Y el poeta a su musa da la bienvenida.
[...]

Cuando llega la hora en que no hay
más reenganche

Y el gallego bosteza mientras cuenta
la gaita

Quedan tres trasnochados empinando
el estribo [...]

Discuten, se abrazan, recuerdan,
sonríen.

Las relaciones familiares y de vecindad, los vínculos comunitarios y solidarios, las actividades compartidas, los espacios transitados con frecuencia y los sentidos asociados al barrio hicieron de esos lugares la patria chica de miles de montevideanos. Las reuniones espontáneas de vecinos en las veredas de la ciudad llamaron tempranamente la atención de los cronistas. En 1895, Máximo Torres se refirió a la Aguada y al Cordón como «los cuarteles generales del pueblo», porque «en cada puerta, en cada balcón, en cada azotea hay un montón de personas grandes y chicas», conversando, jugando, mientras el interior de las casas «se ha vaciado [hacia] la calle». El escritor y periodista argentino Roberto Arlt se preguntó en 1930, de qué trabajaban los montevideanos cuando se encontró al llegar a la ciudad con «gente estacionada» conversando «en todas las puertas».

Ese vínculo entre vecinos fue un rasgo característico de la ciudad y formó parte de la educación sentimental de muchísimos y muchísimas artistas: pensemos en las

retiradas de murgas identificadas con una zona o en el tango «Adiós mi barrio» (1930) de Víctor Soliño y Ramón Collazo, quienes se dedicaron a resumir los cambios en el Barrio Sur que, según los autores, perdía su esencia por la construcción de la rambla:

El boliche ha cerrado su puerta,
ya no hay risas, ni luz, ni alegría
y en la calle ruinoso y desierta
sopla un viento de desolación.
La piqueta fatal del progreso
arrancó mil recuerdos queridos
y parece que el mar en un rezo,
demostrara también su emoción.

Hoy ese vínculo vecinal y el amor por el barrio se puede ver desde la canción «Diapositivas» (2022) de La Teja Pride, un homenaje a la zona con la que se identifican, como lo dice su nombre, quienes integran la banda, en cuya letra conviven olores, sonidos y ritmos vecinales de una orgullosa zona del oeste de la ciudad:

Por la ventana la noche en el día
bosque anticipa nieves se avecinan
café y naranjas perfumando climas

2DA MARCHA CONTRA LAS VIOLENCIAS EN LOS BARRIOS

Por la convivencia y una vida digna

Jueves 5 de octubre, 18:00h

Desde Plaza Cagancha a Plaza Independencia.

Convocan:

LaVidaVale.uy

Usuarios y Usuaris de la Salud del Oeste

Comisión Barrios de la Innovación Villa Española



Apoyan:

ADASU (Asociación de Asistentes Sociales del Uruguay)
Departamento de Trabajo Social (Facultad de Ciencias Sociales / Udelar)
Organización San Vicente
Comisión Organizadora del III Congreso del Pueblo / Pit Cnt

Fucvam
Municipio D
Mesa de Articulación de Servicios Udelar en Casavalle
Andares
Departamento de Nutrición Poblacional
(Escuela de Nutrición / Udelar)

Volante de la convocatoria 2023 a la segunda marcha contra las violencias de la que participaron organizaciones sociales y vecinos del municipio D (que comprende los barrios de Toledo Chico, Manga, Piedras Blancas, Casavalle, Borro, Marconi, Las Acacias, Pérez Castellanos, Villa Española, Unión, Mercado Modelo, Bolívar, Cerrito de la Victoria y Aires Puros).

No solo en los barrios del municipio D, sino en toda Montevideo, las lesiones interpersonales, las muertes violentas, la violencia intrafamiliar, los ataques a la propiedad pública y privada, el aumento del tráfico de drogas y armas, han provocado un significativo deterioro del tejido social. En los últimos años, distintas organizaciones vecinales, sociales, religiosas y autoridades vinculadas al tercer nivel de Gobierno, han promovido movilizaciones y actividades que buscan reconstruir la

convivencia barrial. Noelia y Santiago, dos vecinos de Piedras Blancas que integran la organización Activa Piedras Blancas, quienes fueron entrevistados por Marcio de Souza y Fabiana Solari el 11 de setiembre de 2023 para el proyecto «Cuenta Montevideo desde tu barrio», sostienen: «[Santiago] Nada de lo barrial nos es ajeno, entonces desde ese sentido vamos como trabajando todas esas cuestiones. Desde organizar un festival que sea en un lugar donde hubo algún tiroteo o junto con el municipio D, organizamos también un toque en la plaza [de deportes número] 8 para los gurises. También estas posturas, si hay reclamar por el tema del agua o por el tema de que había noticias de que los gurises del Liceo n.º 67 estaban pasando hambre. Involucrándonos desde ese lugar. De reafirmación también de que toda esta zona en los años noventa en los dos mil tuvo mucha venida de gente, buscando hacer un mango y poder

acomodarse. Se fueron formando barrios, «supuestamente barrios» en una manzana tenés un barrio y en la otra manzana tenés otro barrio, pero en realidad lo que engloba todo eso es Piedras Blancas. Lo que une es Piedras Blancas y eso es lo que trabajamos y afirmamos desde este espacio.» Por su parte Noelia señala: «Las actividades van surgiendo desde la necesidad. Por ejemplo, se le prendió fuego la casa a una estudiante del liceo. ¿Qué hacemos? Hay compañeras y compañeros que están vinculados al SUNCA [Sindicato Único Nacional de la Construcción y Anexos], hay una compañera que es concejal que se sabe manejar. Entonces se trajo la brigada solidaria, se coordinó y la brigada hace poco terminó de hacerle la casa a la vecina. A veces hay cosas que parecen imposibles o que no se pueden resolver, pero hay que buscar tejer, buscar los contactos para poder tener respuestas».

mientras Alfredo entona a dúo con la tía

y tu recuerdo permanecido
me está diciendo que no hay olvido

Una impronta similar tiene la canción «Cómo que no» (2001) escrita por *El Príncipe* Gustavo Pena, popularizada en forma reciente por la versión del cantante de música tropical Martín Quiroga, en la que se realiza un homenaje a los afectos del barrio y sus costumbres, a los espacios públicos compartidos.

Me gusta esta ciudad
Me gusta mi barrio
Me gustan los pibes de mi barrio [...]
Los pibes allá en la esquina
Están como dibujados
No les pagan sus pecados
No les tocó religión
Esperan la tardecita
Y van hasta la placita
Fuman y beben un poco
Después tocan el tambor [...]
Los pibes cumplen condenas

Entran y salen las penas
De su niño corazón.

Las referencias a *los pibes [que] cumplen condena* denuncian el aumento de la población carcelaria en especial entre los jóvenes de algunos barrios de la ciudad considerados periféricos. Ese aumento del delito y también de personas privadas de libertad es consecuencia, entre otros factores, del paulatino proceso de deterioro social, un fenómeno que no es reciente, sino que encuentra sus raíces en el inicio de la crisis económica, política y social que comenzó a atravesar todo el Uruguay en la década de 1960 y que repercutió en los barrios más pobres de Montevideo.

De las obras de la primera mitad del siglo XX que pensaron a la ciudad como un cuerpo integrado y homogéneo, la ciudad fue permitiendo una dispersión y una fragmentación urbana cada

vez mayor. Y el peor resultado desde la propia identidad tiene su correlato en imaginarios específicos que asocian exclusivamente a algunos barrios de la ciudad con el delito, con la falta de seguridad o con el narcotráfico. Estas situaciones también pluralizaron el relato identitario de la ciudad en la medida en que si bien se mantiene en algunas zonas cierto espíritu barrial, también pesan, como un elemento identitario, determinados estigmas sobre quienes habitan algunas zonas y que construyen una visión ciudadana fragmentada de *ellos* y *nosotros*, de un *adentro* y un *afuera*.

Desde finales de la década de 1990 los expertos advirtieron sobre la fragmentación socioespacial de Montevideo.¹⁹ Por un lado, denunciaron el incremento de los asentamientos irregulares que fueron en aumento desde la segunda mitad del siglo XX, como muestra el informe de 2023 del

19 Rubén Katzman, *Marginalidad e integración social en Uruguay*, Montevideo, CEPAL, 1996; Sebastián Aguiar et al., *Habitar Montevideo. 21 miradas sobre la ciudad*, Montevideo, Intendencia de Montevideo-Universidad de la República-Friederich Ebert Stiftung, 2019; Verónica Filardo y Denis Merklen, *Detrás de la línea de pobreza. La vida en los barrios populares de Montevideo*, Buenos Aires, Gorla-Pomaire, 2019; Marcelo Rossal (coordinador), *La pobreza urbana en Montevideo: apuntes etnográficos sobre dos barrios populares*, Montevideo, Gorla-Pomaire, 2020.

Observatorio de Asentamientos de la Intendencia de Montevideo. Actualmente hay en el área metropolitana 344 asentamientos (275 en los municipios A, D y F), en los que viven 122.445 personas (9 de cada 100 montevideanos) que sufren problemas sociales estructurales como la falta de empleo formal o la insatisfacción de necesidades básicas, así como dificultades para acceder a

servicios. Por otro lado, mostraron cómo en los últimos años distintos emprendimientos inmobiliarios favorecieron la construcción de barrios semiprivados que solo han aumentado las diferencias sociales.²⁰

Las instituciones educativas, que eran otro centro de la identidad barrial, también han sufrido el impacto de la fragmentación social.

Un informe del Instituto Nacional de Evaluación Educativa de julio de 2023 plantea que estudiantes y docentes de los centros educativos de enseñanza media (especialmente los públicos) se sienten cada vez más inseguros, por distintos episodios de violencia, robos y acosos que se han vivido en las inmediaciones o incluso dentro de las instituciones.

Desafíos ciudadanos e identidades en construcción

Tras un apretado recorrido por muchos aspectos de la identidad montevideana, y sin intención de apurar una conclusión, podríamos decir que en la ciudad conviven numerosas identidades. Es decir que la ciudad no tuvo ni tiene una identidad única, sino múltiples formas identitarias que varían según la situación socioeconómica, la

edad, el género o el origen étnico de quien la habita, porque la identidad se pluraliza y cambia con el tiempo.

Son las y los habitantes de Montevideo quienes, al vivir (en) la ciudad, construyeron y construyen a diario sus principales rasgos identitarios. Una ciudad viva

compone sus elementos identitarios y su imaginario a partir del reconocimiento de su historia y de elementos materiales e inmateriales que le van dando forma a algunos rasgos comunes, más allá de las particularidades.

La conmemoración del tricentenario de la fundación de

20 La Intendencia de Montevideo no permite la instalación de barrios totalmente privados como sí ocurre en otras partes de Uruguay. Sin embargo, las características de esas zonas a las que solo acceden los residentes, con fuertes medidas de seguridad y con espacios sociales y de recreación exclusivos para los habitantes, han llevado a quienes estudian la temática a referirse a las características semi-privadas de esas zonas. Sebastián Aguiar y Marcelo Pérez, «Estado y promotores del neoliberalismo urbano: los barrios privados en Uruguay». *Cadernos Metropole*, n.º 57, 2023, pp. 371-396.

Montevideo es un momento ideal para repensar la ciudad como obra colectiva, para rediseñar sus grandes transformaciones, para problematizar el futuro y para rescatar los elementos considerados sustanciales para habitar en espacios democráticos, igualitarios, inclusivos y amables. Eso implica el desarrollo de estrategias múltiples que permitan abarcar las numerosas identidades que conviven en un mismo territorio y que construyen un imaginario con elementos en común.

Pero los trescientos años también encuentran a Montevideo

en tiempos de incertidumbre, de fragmentación social, de desigualdad distributiva y crisis ambiental. Distintos problemas han ocasionado un importante deterioro en la convivencia en el lugar que es de todos y todas: la ausencia de respeto por el espacio público (o, muchas veces, su privatización), la vandalización de la ciudad (roturas, destrucción, pintadas o grafitis), el aumento de personas en situación de calle, la falta de educación ambiental, entre otros problemas. Montevideo expresa esas complejidades, a las cuales no se puede responder con la síntesis homogénea de otros

períodos históricos (resultado de construcciones democráticas o impuesta por autoritarismos). Por el contrario, la ciudad debe responder a las múltiples demandas a través del respeto a la heterogeneidad cultural, la recuperación de lo local-barrial como parte de un sentir identitario, el fomento de la convivencia, que nunca es armónica, pero que debe encontrar sus pilares en el respeto de los derechos individuales, la capacidad de defender lo público, las garantías democráticas y la satisfacción de las necesidades básicas.

